

Los Demonios de Kitezh (Parte I)

Adriana Callejas Jackson



Capítulo 1

“En aquellos días el mundo no tenía nombre y las palabras todavía eran nuevas, entoces las criaturas eran muchas y diversas; algunas temían al hombre otras le admiraban, todas eran carroña de los elementos. Seres degenerados que gustaban de preñar y corromper la tierra que habitaban. De mente alta y más capaz que la del hombre, se redujeron a aire quemado cuando éste al fin reclamó su dominio sobre todas las cosas. Entonces por primera vez rasgaron los litorales y las vísceras de los mares para buscar refugio, mas su siniestra hambre los impulsó a reptar con cautela entre los pies de la humanidad y poco demoraron en cernir sus tentáculos sobre su voluntad y clavar sus dientes muy dentro de su conciencia. Se manifestaban magníficos y hermosos; con sabiduría remota y el poder para derrotar a sus enemigos seducían a sus víctimas. Fueron muchas las edades en que las malignas criaturas saciaron su apetito y llenaron sus vientres con las almas ignorantes que encontraban en su camino, sin embargo, el universo en su vasta sabiduría en algo más transmutó la sangre del hombre: En espíritus de poderes insospechados y torrente mágico.

Una nueva estirpe de humanos nacida de la oscuridad para cazar oscuridad; crueles e implacables entregaron desolación a los demoníacos parásitos que en un breve estremecimiento de terror los denominaron “Las Familias Ancestrales”.

De tal suerte que los crecidos monstruos aunque nunca domesticados, con el pasar del tiempo se volvieron apenas terrores sin nombre y caos sin forma, percibidos tan sólo por las mentes irracionales de los más desesperados... El pasto verde se volvió gris, el joven en decrepito, las palabras nuevas eran ya viejas... Y cuando el rojo es sinónimo de muerte y la guerra es hermana del hombre ¿Qué tienen los demonios que temer? Si por cada tumba se elevan un millón de gritos y clamores que entre truenos sus nombres invocan.

sí se batieron a través de los siglos, algunas veces vencidos otras vencedores pero nunca expulsados. Llegado un momento parecía que los monstruos recuperarían su dominio en la tierra y fue entonces que las brujas Sirin, Alkonost y Gamayun en maleficio tornaron su canción inmortal. Al desgarrar sus alas en la lucha, sus venas se vaciaron y así empezó el primer Ciclo de Sangre en el infinito Mar de Kitezsh.” La mujer concluyó el relato y aguardó a que alguno de los demás que estaban sentados en la sala hablara; pero ni siquiera sus propios hermanos querían dirigirle palabra.

Finalmente fue su cuñado, aquél a quien ella siempre había considerado

su enemigo natural, el único capaz de formular palabra.

- El Ciclo de Sangre, es por eso que el demonio eligió a mis hijos. – Musitó Mariano con la voz ronca, a fuerza de contener el llanto. Entonces su esposa, por primera vez en mucho tiempo, rodeó su mano y la estrujó fuertemente para hacerle saber que ella sería fuerte por los dos. Entonces, él dejó caer la cabeza y resignado aceptó la propuesta de sus cuñados. – Está bien lo haré, abriré el portal al Mar de Kitez. ¿Qué es lo que necesitamos?

- La sangre del guardián actual de Kitez. – Espetó su esposa secamente, sin embargo había algo temeroso en la manera en que esquivaba la mirada Mariano.

- ¿Qué sucede? ¿Hay algo más que estás ocultándome? – Preguntó él con la mirada herida.

Entonces fue su cuñado quien soltó una risa amarga. – Bueno amigo mío, ésta es la peor parte de todo esto. Por eso estamos aquí... Estrictamente hablando, el Ciclo de Sangre ya ha sido destruído; así que ahora lo que necesitamos para entrar es la sangre de un demonio. Cualquier demonio, pues ellos son los nuevos amos del Mar de Kitez.

DE LAS FAMILIAS ANCESTRALES.

1. SOÑAR MARIPOSAS NEGRAS.

Haciendo honor a la famosa excentricidad de la familia, los Castilleja habían adquirido predilección por lo fastuoso y lo fantástico; nada lo hacía tan evidente como el hogar en el que los nietos de Elena habían crecido. Al contraer matrimonio, su hijo, Mariano Castilleja había mandado a construir un casón con 120 habitaciones, 30 acres de jardín y tres lagos. Los jardines contenían caballerizas, un ruedo de toros y un río subterráneo que se conectaba a un laberinto de cuevas que alojaban gárgolas, gnomos, y espejos; muchos espejos. De hecho una cantidad obscena de espejos.

En la tarde del décimo cumpleaños de Helena Castilleja, sus padres entretenían a los invitados a la orilla del lago y procuraban que no hubiese platos ni vasos vacíos. Una gran mesa blanca adornada con globos de cristal y confeti había sido dispuesta en el centro del jardín, las cercas de metal que bordeaban la casa tenían listones de todos los colores, los niños corrían y gritaban como endemoniados mientras que sus padres los ignoraban pretendiendo estar demasiado absortos en su charla de adultos. Y desde la ventana de su habitación los contemplaba con expresión de ansiedad la pequeña cumpleañera; aferrando entre sus brazos un payaso de porcelana que su abuelo Luca le había regalado hace exactamente cinco años... Horas antes de morir. El recuerdo de ése rostro gentil y sereno súbitamente petrificado en el tiempo no la abandonaba, y las voces de la familia y la faramalla de afuera, no hacían más que intensificar la agitación de Helena, pues sin importar lo fuerte que cerrara los ojos o la violencia con que se abrazara a sus rodillas, la pesadilla no desaparecía.

-¿Helena? – Oyó de pronto a su hermano mayor llamando a la puerta. – Todos están esperando por ti. Muero de hambre ¡Baja de una vez! Mira que estoy a nada de partir el pastel yo mismo. – Apeló al voluntarioso carácter de su hermanita, pero al no oír nada más que un sollozo ahogado no tuvo más remedio que abrir la puerta. – ¿Helena?

-Trágate el pastel entero, para lo que me importa! – Chilló beligerante su hermana, con el rostro oculto en el regazo del payaso con cuerpo de tela y rostro de porcelana.

Lucio no pudo más que suspirar resignado. Era lo mismo cada año desde la muerte del abuelo; Helena hallaba el rincón más solitario y se retiraba de la celebración con ése asqueroso muñeco, sin embargo éste año la situación había empeorado bastante pues Helena ni siquiera se había dignado a salir de su recámara. Lucio se armó de toda la paciencia que era capaz de reunir, abrió la puerta y al entrar se arrodilló frente a su hermana, acariciando afectuosamente la maraña de greñas que le cubrían la cara. – ¿Es por el pastel? ¿Por nuestros adorados tíos? O ¿Estás molesta porque invité a mi novia? – En ése instante Helena hizo una mueca de desagrado que hizo reír a Lucio, y es que el par de hermanos eran muy unidos a pesar de la diferencia de edades, pero él recién cumplía los quince años y con ello había venido una serie de cambios que la pequeña Helena no había tomado para nada bien. – Porque tú siempre serás mi persona favorita, así que no tienes nada de qué ocuparte. – Le aseguró en tono burlón, sin embargo no obtuvo nada más que lágrimas corriendo por el rostro de su hermanita. – Por favor Helena mírame ¿Por qué no bajas con nosotros? Hace un día maravilloso allá afuera y te lo estás perdiendo aquí en las sombras.

Sin poder contenerse más, Helena echó el payaso a un lado y se abalanzó llorando sobre su hermano. – ¡Tuve la pesadilla más horrible de todas! Soñé con mariposas negras.

Lucio puso los ojos en blanco y apartó a su hermana con delicadeza. – ¿De esto se trata todo éste drama? ¿Más historias de Papá y la abuela Elena? Creí que toda ésa locura terminaría con el abuelo. – Pensó descuidadamente en voz alta.

-□No entiendes ¡Nunca entiendes nada! – Respondió Helena, limpiándose las lágrimas con el dorso del brazo y apiñándose en la orilla de su cama, tomando nuevamente al payaso entre sus manos.

-□¿Que no entiendo? ¿Yo no entiendo? Sus historias también me dieron pesadillas toda mi infancia y ve lo que ahora te están haciendo a ti; no funcionas a menos que ése maldito payaso te guarde compañía. – Espetó en tono despectivo.

-□Tonto, eras tú el que estaba en el sueño. – Sollozó Helena.

Súbitamente el miedo apareció en el rostro vivaz y fresco de Lucio, Helena se percató de aquél cambio. Ambos conocían perfectamente el significado de ése viejo ugurio y ni siquiera Lucio con todo su cinismo se atrevió a desestimarlo. – ¿Qué fue lo que viste exactamente? – Inquirió a media voz.

Sin soltarse del payaso, Helena se puso de pie y encaró a su hermano por primera vez en semanas pues no se había atrevido a hacerlo desde que comenzara a asaltarla la misma pesadilla. – Hay dos camas en mi recámara y ambos dormimos con la lámpara encendida como cuando éramos más pequeños; de pronto te levantas de tu lugar frotándote los ojos fuertemente. “Helena, apaga la luz que me lastima.”, me pides pero cuando la apago, comienzas a llorar “Helena, mis ojos me queman.”. Cuando vuelvo a encender la lámpara, las cuencas de tus ojos están vacías y sigues frotándote salvajemente hasta que un líquido negro y espeso comienza a brotar. Cuando intento detenerte, me doy cuenta que estoy sosteniendo un ojo tuyo en cada mano... “Helena... Helena...Helena...” Me pides ayuda, hasta que tu garganta se ensancha como la de un sapo y comienzas a vomitar mariposas negras; todas ellas se abalanzan ferozmente sobre ti. Arrancándote la piel... y es cuando

despierto.

Lucio se dio la vuelta sin pronunciar palabra y recargó su frente en el cristal de la ventana, Helena intuyó entonces una sombra de temor en los ojos de su hermano. – Yo he estado teniendo el mismo sueño. – Espetó a media voz, se estaba esforzando por mostrarse calmado ante su hermanita pero lo delataba la irritación en sus gestos.

Helena agitó la cabeza confundida y asió a su hermano por el brazo. – ¿Por qué no dijiste nada? Lucio se encogió de hombros. – Porque termina distinto; en mi sueño siento los ojos arder, como si alguien les hubiese prendido, y cuando intento mirarte todo lo que veo es una gran sombra negra engulléndote toda, escucho tu voz llamándome mi nombre pero no puedo llegar a ti porque la sombra es demasiado espesa y me quema los brazos; a pesar de todo lucho por alcanzarte y cuando lo logro... Esa gran sombra se dispersa y me devora vivo. – Lucio se tomó un momento antes de continuar, pues una parte de él deseaba llorar de impotencia. – No soy como tú Helena; gitanos, maldiciones, fantasmas... No me interesa tomar parte en nada de eso. Además si las historias de los Abuelos tienen algo de verdad, entonces ambos sabemos que no hay nada que hacer para evitarlo. – Espetó con un creciente temblor en su voz.

-□Eso no lo sabemos Lucio, recuerda lo que los Abuelos lograron en el pantano de la historia; quizás tú y yo podemos... – Una tempestad que entonaba una canción en una extraña lengua salvaje, atravesó las paredes de la habitación. – ¿Oyes eso? – Dijo Lillu oprimiendo el payaso contra su pecho.

Lucio asintió y colocó un brazo frente a Helena con ademán protector, cuando de pronto sintió una brisa gélida acariciando las líneas de su rostro. Una carcajada metálica desgarró el silencio y lentamente la recámara se pobló de tinieblas; escaleras abajo una extraña pestilencia inundó cada rincón de la casa y hasta en el jardín los invitados se cubrían las narices en un disimulado gesto de repugnancia.

-□Lucio... – Comenzó a llorar la pequeña Helena.

Tranquila, no dejaré que eso te lastime. – Sin embargo mientras decía aquello, las paredes y los objetos de la habitación se disolvían en una densa neblina.

Fue entonces que ambos percibieron la perversa presencia que los

circundaba.

Un miedo terrible los invadió por lo que Lucio abrazó fuertemente a su hermana. La recámara se pobló de un hedor putrefacto y los objetos que todavía conservaban su forma sólida comenzaron a sacudirse; al tiempo que una mancha negra y goteante se expandía furiosamente desde el techo hacia el piso; hubo un agitado gorgoteo y de improviso emergió un bramido espantoso. Entonces la masa se contorsionó violentamente, y sin más, sencillamente desapareció.

La nube pestilente se disipó y la habitación recuperó sus formas sin dejar rastro del líquido negro y nauseabundo que había chorreado del techo.

-¿Se ha ido? – Preguntó Helena, aún con el rostro oculto en el regazo de su hermano. – ¿Lucio? – Lo llamó de nuevo pero al deshacerse de su abrazo, notó que el rostro de su hermano estaba amarillento y desfigurado por una sonrisa torva y cruel. – ¿Estás bien? Él se echó a reír histéricamente y empezó a hablar en un tono demasiado grave, casi como un rugido. – Pequeña, lamento informarte que Lucio no está más con nosotros. – Dijo, al abalanzarse sobre Helena y aferrar su frágil cuello entre sus manos; ella no podía más que agitar los brazos y patalear en un desesperado intento por escapar de aquél onstruo que ocupaba el cuerpo de su hermano. – Es verdaderamente patético cuando luchan. – Siseó Lucio con voz espectral, a la vez que un hilo de baba ácida escurría en la mejilla de Helena.

Aquel horrible ser pasó su lengua serpentina y viscosa por toda la cara de Helena, sabía que debía esperar a que el alma de la chiquilla abandonara su cuerpo pero su apetito era despiadado; y la espera le resultaba insoportable; hasta que sintió como el cuerpo que sus manos sostenían, lentamente se volvía rígido y frío. – Eso está mejor. – Dijo al romper la quijada de Luciano para develar unos afilados colmillos, listo para darse un festín.

-¿Si, lo está. – Respondió Helena con una voz áspera que no era la suya; cogió las manos que la atenazaban y de un solo movimiento se deshizo del monstruo que la sujetaba.

Entonces el rostro de Lucio se llenó de puntiagudas protuberancias y sus ojos se tornaron acuosos. – ¡Tú! Es imposible, tú no puedes salir... No puedes ser...– Siseó feroz el monstruo.

-□Pero lo soy. Soy yo. – Respondió tranquilamente Helena, observando la habitación con marcada curiosidad. – Ya haz tenido tu diversión, es tiempo de que volvamos.

Lucio, entonces frotó sus manos nerviosamente. – Lo haría con gusto pero veré... Si abandono el cuerpo ahora, el chico morirá. elena levantó el mentón altivamente, observando aquél despreciable monstruo incapaz de pronunciar palabra sin escurrir chorros de baba. Se sonrió. – Creo que me confundes con alguien a quién le importa un comino la vida de éste chiquillo. – Acto seguido arremetió contra el cuerpo de Lucio y lo lanzó por la ventana. – Do svidaniya. – Espetó cantarínamente.

Mientras que afuera, los jardineros y la servidumbre empezaron a gritar desesperados por ayuda, y algunos salieron corriendo disparados hacia el lago para dar aviso a Mariano; aunque no era necesario. Apenas hubo percibido el aroma acre impregnando el jardín y contaminando el lago, él y su esposa corrieron hacia la casa, por lo que ambos llegaron justo a tiempo para ver a Helena caminando hasta la cornisa de la ventana destrozada; la pequeña sonrió al contemplar el cadáver de su hermano empalado en las verjas metálicas. En ése momento, su madre abatida en un llanto de horror alzó la cara hacia la ventana y Helena agitó la mano en una burlona señal de saludo. Pero cuando su padre subió aterrado a la habitación, encontró a Helena hincada a un lado de la ventana con una cicatriz que le cruzaba a lo largo de la mejilla izquierda, deshecha en lágrimas y abrazándose férreamente a su querido payaso de porcelana.

EL ARIA DE LA GITANA.

La luna iluminaba al anciano sauce del pantano con su misteriosa palidez, y las bulbosas luces de los autos aparcados alrededor le conferían a las nubes el aspecto de una estela plateada en el cielo. Las bocinas trompeteaban alegremente, sin preocuparse de bloquear la carretera; afortunadamente Lillu había logrado escabullirse fácilmente en su vejestorio de motocicleta aunque iba dejando un rastro de humo negro tras de sí, y un joven de escuálida complexión se sujetaba ferozmente a su cintura para no salir volando de la moto cada vez que Lillu aceleraba en una curva. Cuando hubieron llegado al lugar, Lillu esbozó una traviesa sonrisa y derrapó ruidosamente para provocar a su asustadizo pasajero.

-□Eso fue malvado. – Espetó el pobre chico con la cara vuelta de un color verde pálido.

-¿Malvado? – Respondió burlona, al quitarse su casco sacudiendo la cabeza para reacomodar su cabello. – El único “malvado” eres tú Elo, casi me rompes las costillas.

-No tenías que correr como una maniática... – Elo se llevó las manos a la boca para contener las ganas de vomitar.

Calma, ya pasó. – Le dijo ella, removiéndole el casco para que pudiera respirar mejor y sujetándolo por los hombros para evitar que cayera desmayado. – Respira con cuidado. – Lo ayudó a sentarse en el suelo. – ¿Mejor? El chico asintió cubriéndose el rostro para que su mareo cesara y haciendo grandes esfuerzos para contener el vómito que le subía a la garganta. – Será mejor que me quede aquí... A cuidar la moto. – Se las arregló para sacar las palabras carcomidas por las náuseas.

-Claro, tu cuida la moto. Y pase lo que pase, no muevas un músculo; yo vendré a buscarte. – Le indicó Lillu, propinándole un beso juguetón en los labios.

Elo la retuvo por la muñeca. – Lillu ¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto? No tienes que probarle nada a nadie, mucho menos a mí. Funcione o no, te creo.

Ella se inclinó hacia él, lo aferró por la nuca y lo besó nuevamente. – Ya vuelvo. – Musitó sonriente.

Al darse la media la vuelta, su afectuosa expresión cambió radicalmente. Mientras caminaba, sus ojos rápidamente recorrieron con desprecio a la multitud reunida ahí para rendirle tributo a su abuelo Luca Castilleja; un viejo novelista gótico cuya muerte había tomado a su familia por sorpresa hace ocho años. Desde entonces en honor a su libro más reconocido “La Maldición del Circo Pygmalion.”, los admiradores de sus historias se reunían en la media noche de su aniversario luctuoso; a faldas del misterioso pantano que anto había cambiado desde que Luca y Elena pusieran pie ahí por vez primera, y que además era el indiscutible protagonista del libro.

La ciénaga estaba atestada de latas de cerveza y desperdicios de comida, la fanfarria de los automóviles y las motocicletas creaba un ambiente a la vez íntimo y misterioso en el que los jóvenes enfundados en pantalones de cuero y gabardinas de terciopelo intentaban torpemente emular a Lully, el peculiar vagabundo del Circo Pygmalion, y bailaban en los capós de sus

autos tarareando eufóricamente una versión metálica de "La Danse Macabre" que resonaba en los altavoces cuidadosamente conciliados detrás de los árboles; como un melancólico guiño para el fallecido autor. Lillu giró la cabeza con marcado desdén y se concentró en buscar a su abuela y a su padre entre aquél mar de personas. A fuerza de empujones, eventualmente se abrió paso hasta el pequeño puente de madera que conducía a los visitantes hacia el solitario sauce que moraba en el centro de la ciénaga. Sin embargo el acceso al puente estaba bloqueado por una cadena y un par de guardias mal encarados que de inmediato le impidieron el paso a Lillu. – Tengo que estar ahí en diez minutos genios. – Espetó en tono mordaz, señalándoles el atril y micrófono situados bajo las hojas chillonas del sauce. Pero al ver que los guardias no se movían torció la boca y mientras balbuceaba una infinidad de adjetivos sobre la incompetencia de los guardias, sacó un pedazo de papel del morral. Tenía firmas de varios doctores, y los guardias rieron disimuladamente al reconocer el nombre y la dirección de un manicomio.

– "Se le concede permiso a Lourdes Helena Castilleja Sova para... ". – Leyó para sí uno de los guardias y de inmediato removió la cadena. – Eres su nieta.

¿Qué haría la ciudad sin sus poderes de deducción para cuidar los pantanos? – Farfulló al arrebatárselos de vuelta el papel y pasarlos de largo a furiosas zancadas.

Los guardias no pudieron menos que reír, pues les provocaba cierta gracia que una jovencita tan menuda pudiese cargarse semejante carácter; y es que debieron fijarse menos en su edad y más en los trazos tan peculiares de su rostro. Enérgico y rematado por unos ojos pardos llenos de hostilidad que no sabían más que exigir; la abundante melena escarlata destacaba sus altos pómulos y cubría la cicatriz de su mejilla izquierda, que lejos de darle un aspecto amenazador, le daba un aura de infantil malicia, a pesar del esfuerzo desmedido que ella ponía para evitarlo. Vistiendo con camisa de cuadros rojos, vaqueros negros y botas de cuero gastadas, un morral de piel adornado con púas metálicas que llevaba consigo a todas partes, e incluso había ido tan lejos como para suplicarle a su Abuela que le comprara aquél vejistorio de motocicleta únicamente porque tenía el manubrio rematado con una calavera plateada de expresión macabra ¡La cara de terror que había puesto su madre al verla llegar en aquello a la reunión familiar de cada mes! No podía evitar sonreírse cada vez que se acordaba.

-□Abuelo. Lucio. – Los saludó posando su mano dulcemente en el tronco del sauce.

– Quiero que sepan que esto no fue idea mía, – Señaló con la cabeza a la multitud que canturreaba detrás de ella. – todo ha sido cosa de mi papá y la Abuela. Creo que ellos... Bueno no tengo que explicarles, ustedes los conocen mejor que yo. Están un poco “cucú” de la cabeza, y con todo soy yo la que está encerrada en el manicomio. – Refunfuñó. – En fin, les he traído el acostumbrado regalo. – Dijo al tiempo que de su morral sacaba dos lirios blancos, luego se ncó para sacudir la placa dorada que habían colocado a faldas del árbol en honor a su abuelo. “¡En hora buena transeúntes, habéis llegado a La Castilleja!”, leía la inscripción en grandes letras emperejiladas. – Ojalá supieran cuánto los extraño. – Murmuró besando el par de flores antes de dejarlas sobre la placa.

-□Lo saben Lillu, créeme. – Habló de pronto una voz queda y serena.

-□Abuela! – Se volvió Lillu de un salto.

Ambas se abrazaron en un ligero tono de euforia a pesar de haberse visto apenas la semana pasada, y es que ellas estaban unidas por algo más poderoso que la sangre pues cuando estaban juntas sentían una profunda calma y un inmenso bienestar. – Creí que éste sería el año que finalmente cumplirías tus amenazas Lillu. – Espetó la Abuela Elena en un tono mordaz que provocó un leve rubor en las mejillas de su nieta, y es que el espíritu de ésa señora era atemporal. A pesar del cabello largo y gris que enmarcaba su rostro ya surcado por los años, aún conservaba aquella sonrisa honesta y resplandeciente que provocaba complacerla en todas sus ocurrencias, por descabelladas que éstas fueran. En su juventud había vestido con todos los colores que el mundo tenía que ofrecer, pero desde el fallecimiento de su esposo había mantenido un riguroso luto que únicamente los anillos, las mascaradas de chillonas tonalidades en su cabello, y los brillantes collares sobre su pecho se oponían a seguir.

-□No sé de que hablas. – Respondió Lillu, fingiendo una angelical sonrisa. “¡Esto es una estupidez!”, “No pienso seguir su jueguito absurdo ésta vez”, “¡¿Qué diría el Abuelo Luca?!” – Arremedó el tono infantil de su nieta cuando hacía rabetas. – Y todas esas necedades que se te ocurren cuando quieres molestar a tu madre.

Lillu balbuceó antes de responder. – Esto no tiene nada que ver con mi mamá, esto es sobre el ridículo teatrillo que tú y mi papá insisten en armar cada año. – Dijo señalando a la multitud que las rodeaba. – Mi

abuelo jamás habría consentido algo así y lo sabes.

Habrías tenido que arrastrarlo con uñas y dientes, y Lucio... – Su voz se tornó seca y ronca de repente. – Él no era un fanático de estas cosas.

La abuela Elena hizo un mohín con los labios. – Lo que ellos querrían ya no importa querida, – Dijo echando la cabeza hacia atrás con expresión melancólica para admirar mejor el sauce que adornaba ese pantano verde y siniestro. – somos los vivos los que hemos de lidiar con su partida como mejor nos plazca.

-□Abuela. – La rodeó Lillu por los hombros para reconfortarla, pues notó como su semblante se había apagado repentinamente.

Y es que no era sencillo para Elena observar aquél funesto sauce, cuyas raíces maltrechas parecían custodiar las puertas de “La Garganta del Infierno” que hace casi cincuenta años atrás ella y Luca habían derrumbado con la magia que corría por sus venas.

En ese entonces el perverso fantasma de Petró había grabado una maldición en la piel de su sposo. “Hijos del Sol”, “Hijos de la Luna”... Ya nada de eso importaba, en cuanto cesaron las misteriosas desapariciones la gente se olvidó de la leyenda de “La Niña Prisionera del Reloj”; y si bien el libro de Luca había contribuido para mitificar ése musgoso pantano, al final también lo volvió tan ordinario como el que más. Con gran pesar Elena recordaba la época en que ella y Luca solían visitarlo juntos para cerciorarse de que cierto vagabundo embustero no anduviera merodeando todavía por los alrededores; entonces se podía respirar un denso aire de nostalgia. El sauce parecía dotado de una misteriosa vida que sólo poderosos gitanos como Elena y Luca percibían...Y en cambio ahora ni siquiera eso, por más que le doliera aceptarlo, Lelouch había muerto junto con la isla fantasma; igual que su amado Luca y su pequeño Lucio.

La abuela Elena sacudió la cabeza y se dispuso a azuzar a Lillu para apartar los tristes pensamientos que empezaban a reptarle en el corazón. – En fin, ¿Dónde está tu guitarra? – Preguntó levantando una ceja con ademán suspicaz.

Lillu, se encogió de hombros. – A saber, quizás se haya quedado olvidada en algún rincón de mi habitación. O quizás no la traje porque no se me antoja hacer de marioneta de éste grupo de idiotas que ni siquiera conocieron al abuelo ni a Lucio. – Su abuela torció los labios y de inmediato se supo en problemas. – ¡Estoy aquí! ¿Por qué no puedes ser una abuela normal por una vez en tu vida y conformarte con eso?

-□ Lourdes Helena. – Espetó la Abuela con voz áspera.

uego del trágico incidente con su hermano, Lillu había encontrado refugio en la música. Especialmente en la guitarra, ello le había procurado una forma de escapar de la dolorosa realidad que atormentaba a su conciencia día y noche pero también había forjado el único lazo importante que aún compartía con su padre, Mariano Castilleja un reconocido rejoneador que ahora en sus días de retiro se dedicaba a la crianza de caballos y se escondía tras la desafinada música que él mismo componía. El caso es que el mes pasado, en un desafortunado descuido a Lillu se le había escapado mencionar durante la cena familiar que estaba pensando en formar una banda de rock pues tenía ya al menos una docena de canciones compuestas en espera de ser escuchadas por un oído distinto del suyo... De ahí en adelante parar a su abuela resultó imposible, al final de la cena todos esperaban no sólo que asistiera a la ceremonia sino que cantara en ella.

-□ Abuela, por favor no insistas. No lo haré. – Su rostro expresaba una especie de furia contenida que cualquiera hubiese confundido con necesidad pero Elena Castilleja no era cualquiera, conocía de sobra los temores que su nieta ocultaba tras ése hosco temperamento y de inmediato sospechó que algo debía traerse entre manos.

Elena suspiró. – Como prefieras, pero desde ya te digo que tarde o temprano tendrás que enfrentar a tu madre. – Lillu puso los ojos en blanco, a la vez que sacaba un cigarrillo de su morral. – A menos que destruyas tus pulmones con esa porquería, claro está.

Entonces no tienes nada de qué preocuparte, a éste paso también vendré a velarte aquí el próximo año.

Abuela. – Rezongó Lillu pero al llevarse el cigarro a la boca se percató de que no traía el encendedor con ella y miró a su abuela de soslayo. – ¿Tú no tendrás...? – Hizo la pantomima de encender su cigarro con el pulgar, a lo que su abuela respondió enarcando la ceja. – No puedes culparme por preguntar, con todos los secretos que guarda nuestra familia, una abuela con una adicción de clóset a la nicotina no sería gran cosa francamente.

-□ Lillu, por favor – Irrumpió una voz grave y sonora. – al menos ten la decencia de procurar tus vicios y no mendigar.

Lillu pasó saliva y casi se atragantó con el cigarro, mientras que la Abuela Elena envolvía a aquél hombre en un efusivo abrazo. – ¡Mariano! Él correspondió el afectuoso saludo de su madre con apenas una educada

palmada en la espalda. – Si no vas a encenderlo, deshazte del cigarro de una buena vez Lillu. – Se dirigió a su hija en el tono displicente de quien ofrece un consejo práctico más que el de un padre reprendiendo a su hija.

Mariano Castilleja poseía una figura alta y digna, lustroso cabello negro levemente encanecido, ojos grandes y oscuros, enmarcados por profundas ojeras. Aunque siempre era cortés en sus maneras, su expresión carente de emoción denotaba el desencanto que le provocaban las relaciones y las actividades de la vida diaria; al grado en que a veces muy a pesar de él mismo, alejaba a sus interlocutores. Lillu devolvió el cigarro a la cajetilla. – Papá. – Asintió a manera de saludo.

Mariano correspondió con el mismo gesto tenso e incómodo, casi tímido, mientras que la Abuela Elena permanecía en medio de ambos sin saber qué hacer o decir para acortar la distancia entre su hijo y su nieta. – ¡Por cierto! – Exclamó de pronto. – Se me ocurrió que éste año tú y Lillu pueden recitar juntos el poema. – Mariano las miró contrariado. – Tu hija se olvidó la guitarra, así que no habrá recital y con algo habrá que llenar el tiempo...

-□Si por supuesto, como quieras. – La cortó con ademán impaciente. – Sólo terminemos con esto de una buena vez. – Dijo observando con expresión tensa a la multitud danzante que los rodeaba al otro lado del puente.

Lillu entonces se retrajo en la celosía de sus pensamientos. No acaba de comprender porqué su papá insistía en que tomara lugar aquél circo ridículo cada año, si al final de cuentas Mariano parecía detestarlo tanto como ella. No se trataba de mantener las buenas ventas de los libros, no sólo porque su padre no lo necesitaba sino porque todas las regalías pasaban directamente a manos de la Abuela Elena. Así que ¿Por qué imponer éste arremedo de ceremonia todos los años?

-□¿No es hermoso? Todos los “Castilleja”, vivos y muertos, reunidos a la sombra del sauce mágico. – Irrumpió una señora sobriamente vestida de negro y de inmediato se enfriaron los ánimos. Era una mujer bien definida y elegante, de unas manos tan delgadas que cualquiera diría que había mantenido ayuno nte los últimos siete años. Su áspero semblante reflejaba un carácter agrio que muy pocos toleraban por demasiado tiempo; aunque también podía deberse a su espectacular mirada, no por su común color marrón sino porque era capaz de helar a la bestia más feroz.

-□Sirina. – Pronunció Mariano aquel nombre como si cada sílaba le pesara

en el alma.

La Abuela Elena se percató de la ira creciente en los ojos de su hijo y de improviso recordó que sin importar los años que transcurrieran o lo mucho que la magia se diluyera a través de las generaciones, para un descendiente del "Cuervo Negro" su temperamento siempre sería un peligro latente. – Tienes razón hija, una familia unida siempre es razón de júbilo ¿Verdad Lillu? – Se apresuró a intervenir.

Lillu abrió la boca para arremeter en contra de su madre, sin embargo al verle los ojos vidriosos sintió que la rígida máscara que tanto se esforzaba por mantener se vendría a pedazos a la menor provocación y no deseaba hacerle algo así a su madre. La encolerizaba más allá de lo humanamente posible pero no la odiaba, por lo que sencillamente se limitó a asentir.

-□Así que aún no me diriges la palabra. – Resopló Sirina. – Un hijo enterrado y una hija que me retira el habla ¡Dios no me castigues más! – Rió insidiosamente, como si ninguna de las dos cosas le importara demasiado. e inmediato Lillu sintió sus mejillas hervir de coraje. – Lo siento, olvidaba que ninguna pena es tan grande como la tuya. Pero a ver si te enteras de una buena vez: Lucio era mi hermano y su muerte me pesa tanto como a ti o a papá ¡Quizás más! – Estalló muy a pesar de sí misma.

La expresión de Sirina se transformó de repente y dio unos pasos para acercarse más a Lillu. – Era mi hijo ¿Crees que tu dolor puede compararse remotamente al vacío de mi alma? El corazón de Lillu latió apresuradamente, había algo distinto en ése tono maternal que la voz de Sirina había adoptado, algo suplicante en aquél mirar. Deseaba responderle para brindarle el consuelo que tanto parecía necesitar, sin embargo sus pensamientos se debatían violentamente con sus sentimientos. No importaba cuánto lo deseara, el recuerdo de aquél monstruo babeante posado sobre ella, no le permitía ofrecerle a su madre ni siquiera eso. Entonces Lillu sacudió la cabeza en un gesto negativo y para cuando alzó la mirada, Sirina había recuperado su talante habitual; fúnebre y exento de toda ternura. A pesar de la música retumbando en el pantano y los desafinados canturreos, debajo de las cortinas del sauce se produjo un silencio absoluto.

-□Disculpen. – Se acercó tímidamente un hombrecillo de traje que no había parado de ver su reloj desde los primeros minutos del atardecer, cuando los autos habían empezado a congregarse entorno a la ciénaga. – Quedan cinco minutos para las 12:30 de la noche ¿Ya han decidido quién

de ustedes recitará el poema? .

-¿Sabes que sí. – Respondió él secamente.

Lillu enarcó las cejas inquisitivamente ¿Lo sabían? francamente a ella no se lo parecía. Su madre aborrecía toda aquella algarabía más que nadie en el mundo y sin embargo lo consentía año tras año, sin chistar, ¿Por qué? Cuándo no le concedía tregua a su padre en todo lo demás, cuando se había asegurado por todos los medios posibles de onvertir su vida en un infierno ¿Por qué?, era precisamente en ése día, en el memorial de su adorado Lucio cuando Sirina doblaba las manos tan mansamente. – Estos tres están ocultándome algo. – Pensó a sus adentros, pero no le concedió demasiada importancia. – Yo tengo mis propios secretos después de todo. – Al recordarlo no pudo evitar esbozar una traviesa mueca y de pronto a su Abuela le pareció mirar a un viejo felino que solía sonreír del mismo modo, pero pronto se convenció de que eran malas pasadas de su mente anciana.

Mariano le entregó un arrugado pedazo de papel. – Piensa en tu hermano cuando lo recites Lillu. – Le pidió propinándole un afectuoso beso en la frente.

Ella lo cogió y lo miró con una mezcla de confusión y sorpresa, no esperaba aquella petición tan solícita luego de prácticamente haber admitido que no lamentaba la muerte de Lucio. – De acuerdo. – Contestó de mala gana para conciliar su excitación, los astros parecían alinearse para que ella pudiera llevar a cabo sus planes. Ansiosa, subió al podio dispuesto bajo las cortinas del sauce, con la ayuda del nervioso hombrecillo que aprovechó para darle indicaciones de último momento: Cómo recitar el poema, cuándo callar y aguardar por la reacción de la audiencia, el instante preciso en que debía aullar junto con ellos; y otra serie de nimiedades que francamente la tenían sin cuidado alguno; pues los planes que ella tenía en mente superaban por mucho la razón del hombrecillo y de todos los ahí presentes. Cuando al fin se hubo hallado frente al micrófono, Lillu no pudo contener más su emoción y se acercó al hombrecillo para poder hablarle al oído. – Observe con atención que le daré el show de su vida. – Le siseó maliciosamente y sin saber qué decir el hombre sonrojado se apartó rápidamente de su lado.

ndo los reflectores la iluminaron, su mera presencia arrancó un rugido de entre los entusiasmados espectadores. Pues poseía un gran parecido con la gitana peliroja de lentes que aparecía en el libro. – ¿Están todos listos? – Los provocó sacudiendo el papelillo por encima de su cabeza. – ¿iEn verdad están listos!? – Bramó ella, y se quedó pasmada al sentir la energía que le llegaba en oleadas desde el público; no podía creer que todas esas personas estaban reunidas ahí tan sólo para celebrar la vida de

su abuelo. Sin quererlo soltó una aguda risotada, las personas respondieron excitadas con fuertes aullidos. – “Navegando hacia Bizancio.” – Pronunció con una cadencia sensual e hipnótica en su voz, entonces un incendio ocurrió en su cabeza.

Sintió la tierra sacudirse y murmurar su nombre, las estrellas titilaron en el negro cielo y se le figuró como si algo terrible y desconocido se aproximara a toda velocidad hacia el pantano. – Una vez habladas aquellas palabras ya no habrá vuelta atrás. – Pensó Lillu con secreto temor. Su padre le había pedido que recordara a su hermano, sin embargo para que el conjuro funcionara debía hacer exactamente lo opuesto...

En los labios de un gitano poderoso, las palabras sin importar cuán escuetas o breves, germinan vida de entre las cenizas ¡Ah! Pero si se ha de revivir una antigua encantación entonces todo depende de la intención, pues el significado y el sentimiento originales deben reproducirse al momento de recitarla. De tal modo que Lillu debía hacer suyos los rencores y angustias de su antepasado, Lelouch Castilleja el malévolo vagabundo que aparecía en “La Maldición del Pygmalion”.

Tomó una gran bocanada de aire pero al abrir los labios no fueron palabras lo que exhaló sino una canción nostálgica y amarga que desgarraba las palabras del poema para fundirse en la música de aquella voz tan peculiarmente cálida y oscura. Como en un sueño las personas sucumbieron al influjo de su canto; jamás un oído humano había escuchado tal estridencia ni notas tan cristalinas surgir de cuerdas tan frágiles como las de la garganta de esa jovencita. No, aquella resonancia era sobrenatural pues conjuraba a las almas de todo el que la escuchara a cernirse junto a la de ella en esa lápida, que eran las raíces del siniestro sauce.

-□...Para que cante a los señores y damas de Bizancio. Sobre lo pasado, lo presente, o lo por venir.” – Entonó el último verso y al concluir la canción un espantoso silencio selló la poderosa estela de su voz.

Con una despótica reverencia Lillu agradeció los aplausos y los silbidos de la muchedumbre que la aclamaba a rabiarse, cuando de pronto notó una sombra de amenaza abriéndose paso desde su espinazo. Las luces de los reflectores estallaron con un gran estruendo que arrancó uno que otro gritillo de entre los espectadores. – ¿Qué demonios...? – Se reincorporó de inmediato y a pesar de la oscuridad en que todo se había sumergido, le pareció notar a la distancia un centenar de oscuras siluetas sacudiéndose entre las ramas de los altos árboles que rodeaban la carretera. El aire vibró con roncós gruñidos y detrás de ella sintió la respiración lenta y

profunda del gran sauce que lentamente volvía a la vida.

Mariano y la Abuela Elena intercambiaron miradas. – ¿Pero qué ha hecho?
– Musitó Elena con voz trémula. n intenso magnetismo fantasmal impregnó el ambiente. Innumerables ruidos de voces que reían, pasos que se arrastraban, salvajes graznidos y lóbregos cánticos; todo ello resonó en la sangre de Lillu con cada latido de su corazón; En cambio todos los demás podían escucharlo apenas como un mortal secreto zumbando en sus oídos. Las sombras agazapadas entre las copas de los árboles, avanzaron a gran velocidad bajo el espectral cobijo de la luna llena, dejando a su paso una espesa niebla de azufre; las pastosas aguas de la ciénaga se agitaron violentamente entorno al gran sauce, y un penetrante olor de hierbas quemadas y cenizas ascendió hasta las narices de todos los presentes que aturcidos no podían más que mirar cómo aquél árbol siniestro retorció sus formas para abrir paso a los descarnados seres que emergían de entre la noche para cantar al son de los vivos, una vez más.

Los tremendos ojos de los famélicos fantasmas brillaron a través de Lillu y las dimensiones del mundo que ella había conocido hasta ese instante se transformaron; cada movimiento del aire era una caricia, cada murmullo fantasmal y misterioso le taladraba la cabeza. Su mirada percibía ahora la maligna y delirante fantasía en la que los muertos se la pasaban susurrando terribles historias a los vivos y éstos apenas los sentían como un escalofrío en las nuca, así pues la muchedumbre redobló sus gritos a la vez que agitaban los brazos con violencia. Sus minúsculas mentes no podían creer que aquello fuera otra cosa más que simples trampas visuales, ayudadas por hologramas, espejos y máquinas de humo. Sirina y Mariano contemplaron a aquellas criaturas boquiabiertos, la Abuela Elena sintió su estómago arquear a causa del nauseabundo hedor que su presencia despedía; y en ambio a Lillu su presencia le produjo éxtasis y terror. Pues conocía de sobra el motivo fatal por el que los repulsivos seres habían despertado de sus sagradas pesadillas.

Cuando las criaturas se hubieron hallado ante Lillu, una a una fueron espesando su forma, sus tremendos ojos centelleaban con renovada histeria y sus miembros desfigurados por la muerte se sacudían espasmódicamente apenas conteniendo la urgencia de drenar a todos esos humanos tan llenos de vida.

Entonces Lillu sacó una navaja de su morral. – Mi nombre es Lourdes Helena Castilleja Sova.

-□Lillu detente ya mismo! – Oyó a Sirina gritarle furiosa.

-□En éstas venas, – Prosiguió Lillu haciendo caso omiso de las advertencias de sus padres y su abuela. – corre la sangre de la Gitana Illona Sunce y del “Cuervo Negro”. – Espetó al tiempo que hacía un corte en la palma de sus manos, apenas lo suficiente para que un puntito carmesí manara de la incisión, sin embargo a la mera visión de ésa gotita de sangre, las garras de las repulsivas criaturas comenzaron a rajar la tierra con desesperación. –... ¡Un sorbo para aquél que traiga ante mí a Lucio Castilleja Sova! – Gritó como poseída.

Por un instante Lillu se limitó a contener la respiración y aguardar, y al siguiente, como el inmenso hocico de un gigante, el pantano entero exhaló un aliento frío y fétido que los obligó a todos a cubrirse las caras. Para cuando alzaron sus miradas, la pestilencia se bía desvanecido entre el fresco de la madrugada; y de las deformes criaturas no quedaba ya rastro alguno. El estruendo de los aplausos no se hizo esperar y Lillu los recibió más que gustosa. Y no era para menos; el hechizo que acababa de realizar no era precisamente un paseo por el parque, al contrario le había llevado años de investigación y exhaustiva preparación. Indagando en las leyendas de su familia y estudiando hechizos tan antiguos que sólo existían en forma de cuentos cuidadosamente resguardados generación, tras generación...

-□¿Qué ha sido todo eso?! - La interceptó en las escaleras el hombrecillo organizador, deslizando su dedo índice en la pantalla del portapapeles electrónico cómo esperando hallar la explicación de todo lo que había sucedido en ése aparejo. – No se suponía que... Nada de eso estaba programado.

Lillu le sonrió y le asió las mejillas como si fuese un niño perdido. – Sí que lo estaba, y les ha fascinado. Así que ¿Qué importa todo lo demás? – Respondió ufana, pasándolo de largo. Pero cuando hubo descendido del atril, se topó con Mariano, la Abuela Elena, y Sirina; los tres haciendo frente común por primera vez en sus vidas. – Ustedes querían que cantara, ¿Recuerdan? – Dijo ladinamente y de inmediato los tres comprendieron que desde aquella comida familiar en que ella les habló sobre las canciones que escribía y la banda que pensaba en formar; todo, absolutamente todo había sido manipulado cuidadosamente para llegar hasta aquél fatal instante.

-□¿Tienes idea de lo que acabas de hacer? – Fue Mariano el primero en hablar, con una voz baja y modulada adrede para conciliar su creciente ira. Si, lo que tú nunca te atreviste a hacer. – Respondió desafiante.

-□Helena... – Comenzó a decir la Abuela.

-□No! Nada de "Helena" – le interrumpió Lillu. – Todos estos años ustedes no han hecho más que hablarme maravillas sobre Lelouch, Petró, y los terribles fantasmas del Pygmalion, pero cuando Lucio murió, ninguno de ustedes hizo nada para recuperarlo ¿Saben cuántas noches he pasado en vela esperándolo? Deseando poder verlo una vez más, abrazarlo, decirle que yo jamás quise... – Su voz se quebró. – Él no debía morir, no era su tiempo aún. Lo sé, aquí. – Dijo, colocando su mano derecha en el corazón.

-□Puede que tus motivos hayan sido nobles Helena, pero lo que hiciste fue una reverenda tontería. – La reprendió la Abuela Elena en tono amargo. – Actuaste a espaldas de tu familia, nos expusiste ante una pila de personas que nunca serán capaces de reponerse a lo que presenciaron sin perder el juicio en el camino, y lo que es peor ¡Te condenaste a una vida rodeada de muerte! Lillu resopló con desdén. – Asesiné a mi hermano, no estoy rodeada por la muerte Abuela, soy la muerte. – Después se volvió a su madre. –Tú estás extrañamente silenciosa, vamos sé que anhelas esto tanto como yo, ¿No es por eso que odias a tanto a mi papá? Él tiene la misma magia en sus venas y nunca quiso usarla para traer a tu hijo de vuelta; ahora lo haré ¿Dime que no te emociona la idea, aunque sea un poquito? – Sirina abrió la boca como si fuese a decir algo pero en su lugar le propinó a Lillu una fuerte bofetada.

Lillu la contempló con un suspiro de rabia, y en sus ojos leyó la terrible aversión que le inspiraba a su madre en aquellos momentos. Entonces oprimiendo la quijada, levantó las mangas de su blusa y descubrió un tosco brazalete de metal con números azules que de pronto se tornaron rojos e intermitentes. – Me encantaría quedarme a charlar, pero tengo exactamente treinta minutos para regresar al "instituto" y si tengo que pasar la noche en aislamiento, juro por dios que incendiaré el lugar entero. Así que ¡Espero verlos pronto, los estaré echando de menos! – Se despidió irónica, al tiempo que les daba la espalda para ir en busca de su moto.

-□Lillu! – Intentó detenerla Elena pero Mariano la retuvo por el brazo.

-□Déjala mamá, tenemos asuntos más urgentes en nuestras manos. – Le recordó en voz baja y apremiante.

Elena asintió en silencio pues un fatal presentimiento la acechaba detrás de cada acción que su nieta había emprendido... Sabía que una magia tan poderosa no podría haberla conjurado ella sola, alguien la había instruido para controlar el poder que corría en sus venas, alguien le había enseñado a dotar de vida las palabras... alguien le había mostrado cómo controlar la voluntad de los muertos. Suspiró exhausta, volviéndose hacia el viejo sauce; es verdad que en otros tiempos ella hubiera sido la primera en invocar al "Demonio de Ojos Negros" para recuperar a su nieto pero ahora sus ojos cargaban las ombras de la edad, y su espíritu aunque infantil estaba ya desgastado, estaba cansada, cansada de los años que llevaba a cuestas. – Lully. – Murmuró ése nombre con cantarina familiaridad para así vencer la nostalgia del pantano. – "¿Podría ser? – Pensó – "Que en éste nuevo mundo de máquinas, de tiempo líquido, donde nada perdura y todo se olvida ¿Podría ser? Que ése maligno fantasma de nuevo despierta del pasado y se pasea rebosante de vida." – Y si así era, ¿Con la vida de qué pobre infeliz se las habría gastado ésta ocasión? ¿Dentro de qué saco de huesos se había escondido tan bien, que nadie percibió cuando su inmortal voluntad se cernió sobre su nieta? Frustrada arrancó una de las gruesas ramas del árbol y la lanzó a las aguas pantanosas. – Ándate con cuidado Lelouch, que si algo le sucede a Helena no te concederé tregua. Iré tras de ti. – Sacudió el silencio con su letal promesa y por encima de la noche la magia centelleó en sus ojos con la misma iridiscencia del sol crepuscular.

Entonces en algún lugar, oculto en alguna sombra donde nadie más que él habita, su rostro se retorció en una sonrisa. – Nada me gustará más que verte intentarlo, Señorita Elena. – Respondió Lelouch Castilleja.

EL CASTILLO D E MALEBOLGÉ.

Malebolgé es un oscuro y lejano pueblecito aprisionado entre las curvas de la región montañosa conocida como la "Cresta Bermellón", nombrada así porque al atardecer los rayos del sol parecieran incendiar las cuchillas de esos altos valles. La Cresta Bermellón es vasta en lagos cristalinos, espesos arbustos, flores salvajes y árboles tan ancianos que amurallan un inmenso castillo, o mejor dicho, lo que parece un castillo encantado a ojos de quienes lo miran desde las casitas cercanas.

Desde las pintorescas calles se pueden observar diez filosas torres que desgarran el viento, amplios vitrales que despiden coloridos haces de luz en las copas de los árboles y un panorama de tejados marmoleados que lo mismo se funden con el frío cielo nocturno que con el ardiente sol del atardecer. Los visitantes jamás podrían imaginar que detrás de tan

magníficos muros se hallan las estancias decadentes del hospital psiquiátrico, renombrado estratégicamente como: "Instituto Malebolgé". Una historia escandalosa por cierto; años atrás, luego de un fatal descuido de los enfermeros, un paciente y dos civiles sufrieron una muerte violenta y el sanatorio casi se vio obligado a cerrar sus puertas; hasta que un nuevo director fue contratado para rescatar lo que quedaba de aquella verdadera casa de locos y se dedujo que la palabra "instituto" procuraría a los padres adinerados la ilusión de que sus hijos no estarían encerrados en un manicomio y los habitantes de Malebolgé podrían dormir todas las noches; sin preocuparse de que uno de esos locos se escapara en plena madrugada y deambulara cerca de sus casas... Así pues, desde el exterior el suntuoso "Instituto Malebolgé" no era distinto a cualquier otro colegio de prestigio, excepto por los dormitorios con las ventanas blindadas y enrejadas; la Décima Bolgia destinada a los casos de alto riesgo que requerían cuidados intensivos, las paredes acolchonadas y los laberínticos pasillos que arrastraban mugidos a todas horas del día, o las pulseras metálicas que los residentes eran obligados a llevar consigo dentro y fuera del instituto. Esas pulseras, eran en realidad sofisticadas cadenas para asegurarse de que ningún paciente abandonara las instalaciones sin consentimiento de los prefectos o de alguno de los doctores; únicamente aquellos pacientes de las primeras cinco Bologias, que son los casos considerados de bajo riesgo, se les otorga (en ocasiones especiales o por petición de los familiares) permiso para abandonar Malebolgé, siempre y cuando retornen antes de que el cronómetro de su pulsera marque ceros. Quiénes no lo hacen enfrentan terribles castigos, o al menos eso se rumora... La verdad sólo la conocen quienes duermen en el castillo.

Con todo no se puede negar que el Instituto de Malebolgé, es tan horrible como es majestuoso. El salón central, por ejemplo, tiene una altura de por lo menos cinco pisos; sus paredes están plagadas de galerías que resguardan libros y pergaminos digitalizados de todas las épocas y en todas las lenguas; máscaras de culturas insólitas; pinturas tan bellas que compensan la ausencia de ventanas y luz; instrumentos musicales tan antiguos como la memoria de las montañas y nichos con diversas figurillas que al caer la noche brindan un aspecto de lo más tenebroso. Al centro, están situadas largas mesas de metal en las que los residentes se reúnen para tomar las tres comidas diarias, y en los rincones se han dispuesto numerosos sillones de piel en donde algunos gustan de pasar el rato. Y hasta el fondo del salón, hay una magnífica escalera de varias hélices que se enroscan una dentro de la otra para dar acceso independiente a cada una de las diez Bologias. s precisamente en los corredores de la Quinta Bolgia, donde chillidos y golpes metálicos rompen el pavoroso silencio de la madrugada. Al final del pasillo hay un cuarto deprimente, que consta de una taza de baño que impregna las estrechas paredes con el hedor de los desechos que en el resguarda, un desgastado catre, y numerosas tuberías que crujen todo el tiempo e inundan de asquerosos charcos el suelo. De ése oscuro cuarto provienen bramidos salvajes y variados en tonos que han perturbado el sueño de los otros residentes toda la noche; a

momentos parecía calmarse pero entonces se producían los sonidos como de un animal enfebrecido que arañaba las puertas y que arremetía una y otra vez en un intento por derrumbar las paredes de su prisión ¡Pero los gritos! Esos gritos que a pesar de su ferocidad, lograban una afinación seductora; era la señal inequívoca de que Helena Castilleja era la bestia enjaulada en la Quinta Bolgia.

Lillu llevaba en ello ya un buen rato, cuando de pronto le pareció oír que crujían los tablones del corredor; se echó al piso para espiar por la rendijilla al pie de la puerta y aunque la visión era bastante limitada pudo distinguir con claridad un par de zapatillas blancas acercándose sigilosamente.

-□El director dice que el propósito de ésta habitación es enseñarlos a respetar las reglas ¿Sabes? – Escuchó a través de la puerta la voz de la Doctora Bibi, prefecta de la Quinta Bolgia.

Lillu sintió como si un gran peso acabara de removerse de su pecho, pero como no quería demostrar lo mucho que le alegraba la compañía de la Doctora Bibi, respondió camente. – Más bien para torturarnos, pero funciona mejor en los planfetos como ustedes lo dicen.

La doctora Bibi rió con suavidad. Tenía una risa agradable, era ésa clase de persona.

Capaz de amoldarse a todo, pero sin perder su integridad; así que decidió reprenderla. – Después de todo lo que hice para convencer al Director de que te dejara sacar ésa cosa horrenda que llamas motocicleta y de que le permitiera a Elías acompañarte; tú decidiste llegar veinte minutos después de que tu brazalete marcara ceros, nos obligaste a enviar una patrulla a buscarlos ¡Y no olvidemos la navaja que llevabas contigo!

-□Ya les dije que no hice nada malo con ella. – Refunfuñó Lillu.

-□Pero no nos aseguraste lo que si hiciste... Además por tu gran debút musical en las redes, me parece todo lo controrario. – Respondió Bibi y en seguida oyó la cabeza de Lillu al recargarse indignada al otro lado de la puerta.

La Doctora suspiró, Helena a veces podía comportarse como una verdadera chiquilla malcriada. – Bueno, al menos te tengo una buena noticia. El Director decidió que colocar a Elo en aislamiento arruinaría todo el progreso que hemos logrado con él y en su lugar le prohibió las salidas

durante tres meses.

-□¿De verdad?! – Preguntó Lillu en un tono más animado.

La Doctora supo entonces que los gritos y el emberrichamiento cesarían de inmediato. Era tiempo de pasar a temas más serios. – Y a todo esto ¿La viste?

-□¿A quién?

-□¿A quién va a ser Lillu? ¡A tu mamá!

-□Si.

-□¿Y?

-□Y nada. Todavía me culpa por lo que le pasó a Lucio.

-□Debes ser paciente con ella Lillu, no había rastros de que nadie más hubiera irrumpido en la habitación. Sólo eran tú y tu hermano.

-□Lo sé, pero... Había algo más con nosotros, algo que no necesitó de forzar cerraduras... Algo horrible y feroz ¿Me crees? – Preguntó Lillu con un dejo de ansiedad.

La Doctora Bibi se tomó unos instantes antes de responder. – Creo que lo que ocurrió ése día fue un accidente terrible y que a veces decidimos creer la verdad que menos dolor nos cause. Es una pregunta sencilla, con una respuesta sencilla ¿Me crees o no?

-□No. – Respondió la Doctora Bibi sin tapujos.

Ambas guardaron un momento de silencio.

-□Al menos tú no tienes miedo de admitirlo, – Suspiró Lillu. – en cambio mi papá... No puede decidir de lado de quién ponerse, de mi mamá o del

mío.

-□Es porque las quiere a las dos y no desea herir a ninguna.

Francamente me sorprende que no sea él quien esté aquí internado. – Repuso, logrando arrancarle una risa a Lillu.

-□¿No lo sabías? Sólo puede haber un Castilleja chiflado por cada generación. – Respondió Lillu con una risa amarga.

-□No estás “chiflada”, estás más lúcida de lo que te gustaría. – Espetó la Doctora Bibi mientras escrutaba la oscuridad del corredor; entonces se dio cuenta de que el pasillo se inquietaba súbitamente con unos pasos que crujían deliberadamente los tablones al avanzar en su dirección.

¿Bibi? ¿Qué pasa? – Quiso saber Lillu, al notarla callada tan de repente. – ¿Bibi? Aliviada, la Doctora reconoció la silueta conforme ésta se fue adentrando en el pálido halo de luz que alumbraba una parte del corredor. La frágil contextura y el cadavérico rostro, las gruesas pulseras de cuero en sus raquíticos brazos, los pliegues del vestido negro y los tenis desgastados; y la triste cualidad en su fisonomía entera que tanto chocaba con la abundante cabellera teñida de rosa eléctrico.

-□Es Allegra. – Murmuró la Doctora Bibi. – Al parecer se ha propuesto matarme de un susto.

-□No sabía que estuviera usted aquí. – La saludó Allegra en el tono apagado con el que acostumbraba dirigirse a todo el mundo. Como si recitara el abecedario de atrás hacia adelante indefinidamente.

-□No sé a qué te refieres Allegra. – Espetó la Doctora Bibi. – Aún faltan treinta minutos para la primera campanada de la mañana; y sería en contra del reglamento si yo pasara por alto la manera misteriosa en que abriste tu puerta, o si fuese yo tan impertinente como para romper el

aislamiento de Lillu.

– Dijo mientras se daba la media vuelta para alejarse de la puerta tranquilamente, como si efectivamente todo hubiese sido producto de la imaginación del par de jóvenes.

En la habitación Lillu se tensó de repente, le parecía que había algo macabro en el carácter de Allegra que la inquietaba. Llevaban dos años tomando las mismas clases pero siempre se las había arreglado para evitarla, no fue hasta que emprendió la misión de controlar la magia encerrada en sus venas; que ésa extraña residente del Instituto Malebolgé resultó ser una instruida aliada y confidente. Allegra necesitó apenas un vistazo a todos los libros que Lillu estudiaba durante los recesos en la sala central, para deducir lo que se traía entre manos, y lejos de mostrarse asustada, se dispuso a asistirle en todo lo que necesitara.

Pues conocía cada fábula mística plasmada por la humanidad, incluyendo la de los “Hijos de la Luna”, aquél místico linaje de gitanos que en tiempos de antaño alegaban tener el poder para resucitar a los muertos, y claro, demás está decir que conocía el libro de Lucas Castilleja palabra por palabra.

-□Vaya espectáculo que montaste. – Dijo Allegra, mirando las escotillas del pasillo, por las que comenzaban a filtrarse los tenues rayos del sol.

-□No sirvió de nada. – Respondió Lillu entre dientes. – Excepto para darme unos dolores de cabeza que me provocan arrancarme los ojos. Toda la fuerza y alegría que experimenté en un principio, se disipó en cuanto llegué al instituto, ahora el aire me pesa en la nuca, el silencio retumba en mis oídos, mi saliva me sabe a tierra... Sin mencionar el horrible olor agrio que me sube a la nariz a cada rato. Por primera vez desde que estoy en éste lugar, siento que ¡Me estoy volviendo loca! – Azotó su cabeza contra la puerta.

Allegra asintió sin inmutarse por el súbito arranque de Lillu. – Es perfectamente normal, nunca antes habías usado tu magia de este modo. Los hechizos que practicamos estos últimos meses, no pueden compararse con la magia que invocaron tus ancestros. Tu mente y tu cuerpo están exaltados eso es todo.

-□O quizás esperamos demasiado, mejor dicho, yo esperé demasiado. – Espetó con tristeza, el fracaso de su pequeño truco de magia le pesaba

demasiado. Había aguardado hora tras hora por algún fantasma sepia que apareciera en compañía de Lucio, para entonces comenzar a trazar los planes para traerlo de vuelta con los vivos de carne y huesos. Pero al final ningún fantasma se había presentado.

-□Supongo que yo también tengo mi parte de culpa. – Admitió Allegra.

– El hechizo que invocaste desafía todas las leyes naturales y mágicas de este mundo; creí que por ser heredera de dos linajes tan poderosos serías capaz de eso y más, pero creo que nunca habrá otro como el “Dyavol Glaze”. – Lillu suspiró fuertemente al otro lado de la puerta. – Es el sobrenombre que le daban a Lelouch Casti... Lillu la interrumpió impaciente. – ¡Sé cómo llamaban a Lelouch Castilleja! Mi Abuelo me lo contó más veces de las que puedo recordar: “Demonio de Ojos Negros”, “Señor Brujo”, “Lully”, “Payaso Piérrot”. Tal vez no sepa tanto como tú de éste tipo de cosas, pero créeme ésa leyenda está tatuada en mí mente. – Dijo temblando de indignación.

No quería molestarte. – Respondió Allegra en voz casi inaudible pero carente de sentimiento. – Sólo vine a decirte que quizás deberías realizar el conjuro cuando el Sol y la Luna se hallen en el cielo al mismo tiempo, de ése modo podrás invocar su poder en igual medida. Es tu derecho de sangre después de todo ¿No te parece?

-□¿Entonces debo esperar por un eclipse o algo así? – Inquirió en un tono más sereno, forzándose por ignorar la actitud taciturna de Allegra.

-□La mayoría llegaría a ésa conclusión, sin embargo las historias cuentan que cuando el “Dyavol Glaze” buscaba la manera de romper el maleficio de su amada bailarina, invocaba no muertos sino demonios infernales con los que negociaba el precio de su propia alma a cambio de fuerza abismal.

“Los amigos de la Señora Reimei”, los llama tu abuelo en el libro si lees con atención.... Y lo hacía poco antes del alba, cuando en el pálido firmamento se elevan el sol y la luna; él lo hacía porque en ése momento ambos elementos estaban en igualdad de condiciones: Ni la Luna subyugaba al Sol, ni el Sol opacaba a Luna.

-□Pero para mí significa que puedo valerme de ambas magias! – Se levantó eufórica de un brinco y giró en redondo buscando alguna rendija entre los ladrillos húmedos que le permitiera verificar si la luna aún no se

ocultaba del todo, desafortunadamente el aislamiento era absoluto y no había más luz de la habría en una alcantarilla. – Maldita sea. – Gruñó. – No puedo ver nada, ¿Allegra puedes ver si la luna todavía está en el cielo?

-□Si, la estoy mirando ahora mismo. –Respondió contemplando la diminuta ventanilla del pasillo iluminada por una luz blanca y fría. – Pero es apenas una pálida esfera, así que debes darte prisa.

-□Claro. – Asintió Lillu enérgicamente.

Sabía instintivamente que necesitaba utilizar su sangre como anzuelo para atraer demonios poderosos pero su navaja había sido confiscada por el director del instituto; así que contempló su mano con expresión resignada, pues a falta de su navaja no tuvo más opción que llevarse el dorso de la mano a la boca y morderse lo suficientemente fuerte para provocar una herida de la que manara la sangre mágica de sus antepasados. Su frente se contrajo de dolor, pero no tenía tiempo de pensar en la herida, el amanecer estaba sobre ella.

Tan pronto hubo visto su mano sangrar, aclaró la voz y entonó la misma melodía que la noche anterior, pero ésta vez la melodía era más pura y violenta.

Las lágrimas brotaban en su rostro; era tan profunda la tristeza de aquella canción que sus notas se oían salpicadas de carmín como las del ave que muere cantando. Así, ascendió la melodía al claro matinal y sus ojos comenzaron a brillar como un par de astros con un exótico fulgor dorado, sin embargo las motas color plata alrededor del iris denotaban la oscura naturaleza de su alma que favorecía la magia de los “Hijos de la Luna”.

Al concluir Lillu la canción, los ojos la escocían como si llevase un centenar de fósforos incrustados en las córneas y casi enseguida una bocanada de sangre le sobrevino y cayó al suelo.

-□¿Todo bien? – Escuchó distante la voz de Allegra.

Entonces se oyó un chasquido y la habitación quedó sumida en una pestilente oscuridad. Lillu extendió ciegamente las manos buscando apoyarse en alguna pared pues las piernas apenas la sostenían, avanzó con pasos lentos y torpes en busca de la puerta para pedir ayuda a Allegra; cuando de pronto las paredes y el piso bajo sus pies comenzaron a perder consistencia. El ruido de voces y cantos que trepaban de entre

los escurridizos muros de la habitación, la sobresaltaron.

Lillu contuvo las náuseas. – ¿Quién anda ahí? – Preguntó, pues el resplandor de sus propios ojos la hería y no miraba más que una versión negra y nebulosa de la habitación de aislamiento. Al no obtener respuesta, Lillu caminó con las manos extendidas palpando la oscuridad pero con cada paso, el suelo se tornaba una extraña sustancia negra y pegajosa que la retenía por los tobillos. – ¡Déjenme ir! – Forcejeó para librarse pero se detuvo abruptamente al sentir el roce de largas garras en su mejilla. – ¿Qué...? ¿¡Quién eres!? – Preguntó aterrorizada, entonces las voces se volvieron ensordecedoras. Sonaron gemidos más roncós y violentos, como si una horda de criaturas salvajes la estuvieran cercando lentamente. El aire se impregnó de una fetidez primitiva, muy distinta del aroma de azufre que habían despedido los fantasmas del pantano; éste era un hedor más bien caliente, antiguo... Dañado. Sentía sus pulmones hervir y le sobrevino una tos tan violenta que de vo cayó de gatas sobre la superficie viscosa, al tiempo que las voces reían y murmuraban. – ¿Qué es lo que quieren? – Habló jadeante.

-□Lo que nos fue prometido Sinistre Cygnum, nada más ni nada menos. – Crepitaron al unísono aquellas voces inhumanas.

Lillu recordó el horrible destino que había sufrido Lelouch Castilleja en el relato de su Abuelo y pasó saliva con temerosa anticipación. – No pueden tenerlo hasta darme lo que he pedido de ustedes. – Respondió con voz trémula pero desafiante. – ¿Dónde está mi hermano? – Ordenó conciliando el miedo que le infundía la presencia de las horribles criaturas.

Los monstruos estallaron en risotadas brutales que le helaron el espinazo a Lillu y justo en ése momento su vista se esclareció un poco y al entornar los ojos, con horror se vio rodeada por lo que le pareció una manada de seres amorfos y babeantes que se contorsionaban en torno a ella. Giraban sus cabezas observándola con bestial curiosidad, como si fuese ella la rabiosa abominación alzándose de entre las profundidades de la tierra.

– Mi hermano, ¿Dónde está mi hermano? – Preguntó una vez más pero solo consiguió enardecer las risotadas.

-□Sinistre Cygnum es ignorante. Mejor comerla ahora y dejar los huesos para los fantasmas de azufre. No, no, mejor no desperdiciar nada. Nada.

Nada. Nada. Nada. Nada. Nada. Nada. Nada. Nada. Nada. Nada. Nada.

Nada.

Nada. – Iniciaron un cántico enloquecedor y monótono.

-□Basta! – Chilló ella. – Basta. – Suplicó nuevamente. Se sentía débil y asustada. Aquellos seres eran muy distintos de los extraviados fantasmas que habían aparecido en la ciénaga; de algún modo su apetito los volvía obscenos y perversos.

Las lágrimas comenzaron a inundarle las mejillas a Lillu, excitando el hambre de los demonios a tal grado que al menos un par de ellos tuvo el atrevimiento de lamerlas con su viscosa lengua; provocándole un horrible estremecimiento a Lillu. No sólo porque podía sentir el aliento fétido y caliente sobre su cara sino porque despertaba los recuerdos de la muerte de Lucio que ella resguardaba tan celosamente en su memoria; y fue precisamente aquella exhalación putrefacta que de súbito impregnó el aire de la habitación lo que le permitió intuir que cada uno de esos monstruos habían abierto los hocicos de par en par.

Lillu se preparó para lo peor cuando en la estancia sucedió algo pavoroso; Las bestias se agazaparon violentamente, pues había irrumpido una especie de presencia que se imponía a todas las demás.

Los demonios se inquietaron y murmuraron sonidos ininteligibles; ruidos graves y enfebrecidos que aumentaron a medida que la extraña presencia se acercaba.

Aterrada, Lillu volvió la cabeza en la dirección de la que parecía proceder la presencia, cuando de pronto sintió el roce de un largo pelaje sobre de ella. Su respiración se ornó pesada pero no se movió, sino que permaneció con la mirada fija en la oscuridad, luchando por recuperar la visión. – ¿Quién eres? – Preguntó casi en un suspiro.

La presencia soltó una tronadora carcajada. – Es de mala educación preguntar el nombre de un demonio Sinistre Cygnum. Primero debes ganártelo. – Declaró con una voz que era más bramido que voz, a la vez que se inclinaba para besarla en la frente. Lillu se estremeció al tacto gelatinoso de lo que creyó era un montón de escamas.

El salvaje vocerío se hizo notar de nueva cuenta. – Están hambrientos. Debes pactar conmigo a la brevedad o se lanzarán sobre ambos. – Habló el demonio con su voz de trueno.

-□No, no entiendo ¿Qué quieres decir? El demonio rió gravemente y de improviso hubo una erupción violenta de aullidos, gruñidos, y zarpazos. Lillu giró su cabeza en todas direcciones intentando enfocar su mirada pero no consiguió ver más que sombras verdosas y difusas. Excepto por una enorme burbuja escarlata que sobresalía en el centro de la batalla; se movía con gran celeridad dejando tras de sí una pesada onda de calor. Fue entonces que Lillu se percató de que la estancia había empezado a arder en llamas. – ¡Alto! – Le gritó al demonio, cuando de improviso sintió un brazo flácido y grueso rodeándola por los hombros. – ¡Suéltame! – Gruñó ella, haciendo acopio de todas sus fuerzas para liberar su mano de la extraña sustancia que la inmovilizaba en el piso. – ¡Que me sueltes, te digo! – Lanzó un puñetazo en la dirección del monstruo sujetándola pero en vez de causarle algún daño a la criatura, sintió como su brazo se hundía rápidamente en el cuerpo de su opresor. La estaba uccionando como una especie de sanguijuela y cuando Lillu sintió un millar de diminutas aspás hundiéndose en su antebrazo supo que no le quedaba más opción que acceder a la propuesta del demonio. – ¡Está bien! Pactaré contigo. – Dijo sin comprender del todo lo que eso significaba.

Entonces frente a ella se materializaron dos puntos llameantes, como dos ojos. – Así sea. Sinistre Cygnum. – Rugió el demonio y el brazo de Lillu fue liberado de inmediato. La figura escarlata ante ella creció hasta adquirir dimensiones gigantescas, hocicos salivando con codicia los rodearon pero el demonio escarlata los aplastó a todos con furia mortal. Su gran mandíbula trituró a los patéticos monstruillos sin mayor dificultad, pedazos de masa pútrida estallaron en el techo y en las paredes, y los berridos de angustia se redoblaron en la oscuridad.

Se impuso el silencio y la habitación recuperó lentamente su forma sólida; la peste se disipó y aunque el fuego se apagó, el calor abrumador del demonio se intensificó una vez que las otras criaturas que habían sobrevivido huyeron despavoridas.

La vista de Lillu todavía estaba nublada pero ahora que únicamente tenía que enfocarse en aquella silueta escarlata, algunos detalles se perfilaban con mayor claridad.

Era una bestia enorme que se apoyaba en cuatro patas, del hocico le escurría un líquido hirviendo que se evaporaba al caer al suelo, su piel relucía con escamas que a momentos parecían burbujear como lava ardiendo, seis pares de alas similares a las de los murciélagos ocultaban parte de su cuerpo y del rostro no se veía nada salvo el par de ojos llameantes que la estudiaban con fascinación. I cabo de unos minutos, la atmósfera regresó a la normalidad. Las penumbras ya no eran oscuridad absoluta, el piso y el techo de nuevo eran firmes, el aire se sentía húmedo y fresco; y al otro lado de la puerta se oía la voz de Allegra llamando a la

puerta por encima de la primera campanada del día.

-¿Qué eran ésas criaturas? – Preguntó Lillu, sin atreverse a mover un sólo músculo.

-Tú mandaste a llamar por nosotros, me parece que sabes bien qué cosa somos. – Respondió el demonio, también con tal inmovilidad que cualquiera lo podría haber confundido con una monstruosa estatua.

-Si, pero esos demonios no eran como tú. – Respondió Lillu.

-La tierra es profunda Sinistre Cygnum y sus misterios infinitos. ¿O acaso intentas decirme que todos los humanos son iguales a ti? – Lillu negó apenada con la cabeza, lo que hizo reír al demonio. – Bien, ahora me parece que tenemos algo que tratar tú y yo. – Espetó cortando su áspera piel. – Debe mezclarse con la tuya para poder pactar. – Le indicó a Lillu, a la vez que una espesa gota de sangre chorreaba de su larga y estrecha garra.

Entonces Lillu se puso en pie de un salto. – De ningún modo. – Respondió desafiante. – Sé bien lo que mi sangre representa para ustedes, no se la daré a nadie hasta que mi hermano sea traído ante mí.

El demonio gruñó exasperado y Lillu notó como ésa enorme sombra roja se sacudía violentamente. – ¡Bruja ignorante! No queda rastro de tu hermano en éste mundo.

Batallones de fantasmas, en vano han atravesado la noche, los cielos, las llamas y las costas de ésta tierra para cumplir tu mandato. Pues nunca lo hallarán, Sinistre Cygnum. No en este mundo. Tu hermano arde en la pira con uno de nosotros, dentro las entrañas de una bestia se retuerce el descendiente del "Cuervo Negro", ahí debes buscar si deseas volverle a ver... Y para eso, me necesitas. Pues te aseguro que los demonios somos de la creación los más extraños sortilegios, por encima del hombre y el animal prevalecemos a través de los siglos como cucarachas incapaces de cambiar. Nuestra es la memoria de éstas tierras, nuestro es el secreto, nuestra es nuestra muerte. – Dijo extendiendo la garra ensangrentada frente a Lillu.

Lillu contuvo la respiración. – Sólo un demonio puede matar a otro demonio ¿Es eso lo que dices? – El demonio extendió sus negras alas en respuesta.

Entonces ella rechinó los dientes y extendió renuente su mano herida justo bajo la garra del demonio. Cuando la sangre de ambos se mezcló, un resplandor rojizo se hizo visible en la palma de Lillu, gritos y clamores infernales se alzaron en el aire, el demonio se enroscó sobre sí mismo; su tamaño se contrajo y luego de que un sonoro trueno estallara; su esqueleto se transformó por completo. En piel se volvieron sus escamas, en dientes sus olmillos, en pies y manos sus zarpas; la silueta que ahora se presentaba ante Lillu ya no era la de un monstruo sino la de un ser humano.

El demonio estrechó la mano de Lillu. – El Pacto está hecho, Sinistre Cygnum. – Ella se sorprendió al sentir el contacto cálido y firme de su agarre. – Seré tu fiel siervo y defensor, hasta el momento en que Lucio Castilleja Sova te sea devuelto. – Lillu asintió, y lo haló con fuerza hacia ella. – ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo? – Preguntó confundido, pero ella se limitó a recorrer las líneas de aquél nuevo rostro. – Eres mi Ama y Señora desde hoy, pero es bastante soez lo que estás haciendo Sinistre Cygnum.

-□Es la primera vez que tengo un demonio cerca, quiero ver si hay vestigio de tu hocico o tus escamas. – Respondió ella con ademán impaciente.

-□¿Escamas? Yo nunca he tenido escamas. – Dijo, apartándose de sus manos pero se detuvo en seco cuando se dió cuenta de que ella no lo miraba directamente a los ojos. – Aguarda ¿Has perdido la vista? – Lillu se sonrojó. – Eso explica porqué fuiste tan inservible durante la batalla. Aunque era de esperarse, despertaste un poder que ni siquiera haz comenzado a comprender.

Lillu retrocedió indignada y se dio la vuelta en busca de la puerta, para hablarle a Allegra. Pero el demonio la retuvo por la muñeca. – No puedes andar por ahí con los ojos resplandeciendo así. Los humanos no son tan sabios como solían serlo, los asustarás.

Ella frunció el entrecejo. – ¿A qué te refieres? Eres fuerte, pero también eres la gitana más incompetente que he conocido jamás. – Suspiró exasperado. – Tus ojos están brillando con tanta fuerza que me ciegan.

-□Eso es porque has estado en las penumbras demasiado tiempo. – Intervino Allegra, al otro lado de la puerta.

El demonio entonces levantó la mirada despacio, casi con cautela. De inmediato reconoció el peculiar aroma que se desprendía de la pálida joven y no consideró sabio permanecer más tiempo ahí. – No te separes de ella Sinistre Cygnum. – Murmuró al oído de Lillu. – Ella compensará tu ignorancia.

En ése instante la puerta se abrió de golpe y la súbita entrada de luz a la habitación provocó que Lillu se cubriera la cara; se frotó los ojos y de inmediato se volvió a encarar al demonio, pero él ya no se hallaba ahí.

-□No te quedes ahí parada niña. – Oyó la voz de la Doctora Bibi. – Debes presentarte en el salón central en treinta minutos con el resto de tus compañeros y... ¡Por todos los cielos! ¿Qué le pasó a tu mano? – Exclamó angustiada, al percatarse de la suciedad en las ropas y la mano ensangrentada de Lillu.

Lillu se encogió de hombros. – ¿Tenía hambre? – Respondió aliviada de que, a juzgar por la serenidad de Bibi, sus ojos ya no estuviesen brillando ni nada parecido. a Doctora Bibi la miró incrédula mientras sacaba un trapo de entre sus bolsillos. – No puedo seguir encubriéndote siempre Helena, te lo advierto. – Le reñía mientras le envolvía la herida. – Listo, eso tendrá que bastar por ahora. Ve a asearte antes de que se te haga tarde y te castiguen de nuevo, pero pasa a la enfermería en cuanto terminen las clases.

¿Me oyes? – Lillu asintió enérgicamente y salió corriendo por el pasillo tumbándose con todo el que se le atravesaba. La Doctora suspiró resignada. – Sea lo que sea que se traen entre manos ustedes dos... Las estaré vigilando de cerca, Allegra.

Allegra, sencillamente se encogió de hombros y se encaminó hacia la escalera principal que conectaba a las Bolgias hacia el comedor. A su paso, era observada por doctores, guardias, maestros y residentes por igual. Como si todos le temieran.

Para cuando Allegra hubo llegado al comedor, todos estaban apurando sus alimentos con singular salvajismo. Como si llegar unos minutos tarde a clase fuese la peor de las condenas en un sanatorio, en cambio ella se tomó un momento para aspirar el suave aroma de las hierbas que sazonaban la sopa servida en los platos tan maravillosamente suntuosos, que parecía que fuesen reyes y no pacientes los que se sentaban a la

mesa. Al llevarse la cuchara a la boca, sintió un escalofrío en la nuca y una débil sonrisa se dibujó en su rostro. – “Sinistre Cygnum”, le han elegido un buen nombre. – La contemplaron los enfermeros, mientras ella le hablaba al aire; pero supusieron que quizás ahora le había dado por conversar con la comida, después de todo en el Instituto Malebolgé uno nunca podía saber qué nuevas manías adquirirían los alumnos.

Ella misma lo ha elegido. Allegra Popovich Hilo. – Rugió una voz profunda.

Entonces Allegra lanzó el plato por encima de las cabezas de los otros desconcertados comensales, emitió un grito penetrante, se llevó las manos a la cabeza y se tiró a llorar encima de la mesa. Los enfermeros se amotinaron sobre ella de inmediato, ninguno sabía que ella tenía motivos de sobra para patalear y chillar aterrorizada.

-□Ha pronunciado mi nombre! ¡Dijo mi nombre! ¡Mi nombre, mi alma! – Gritaba sin cesar mientras la llevaban a la enfermería.

Una vez ahí, la Doctora Bibi entró como tempestad. – Pobre niña. – Dijo posando una mano sobre la frente sudorosa de Allegra con maternal angustia.

El gran cariño que sentía por los alumnos de la Quinta Bolgia es lo que la hacía tan eficiente en su trabajo, por lo que todos se tranquilizaron en cuanto ella puso manos a la obra; y luego de proferir palabras de aliento dirigidas más a la Doctora que a la propia paciente; todos los doctores, enfermeros, vigilantes y hasta los fisgones; uno a uno fueron abandonando la habitación. De tal modo que nadie se percató cuando la ancha sonrisa de Bibi se extendió en sus rojos labios.

-□Veo que has despertado de mal humor Lelouch.

AVES DEL PARAÍSO.

En la casa de los Castilleja ya había amanecido, la luz fresca penetraba los cristales de las ventanas y enmarcaba el rostro soñoliento de la Abuela Elena, quien contemplaba como los amplios jardines lentamente volvían a la vida con el canto matinal de los pájaros que anidaban en los árboles, el rocío deslizándose gentilmente en los rosales, el chapoteo de los peces en el lago y el alboroto de los caballos que desde los establos exigían su libertad relinchando y pateando. – Tendrás que deshacerte de esos animales, Mariano. – Pensó en voz alta y lo lamentó casi al instante pues a sus espaldas la habitación ofrecía un ambiente más bien sombrío y

tenso.

-¿Qué? – Inquirió Mariano contrariado. No había cesado de hablar toda la noche y el sonido de una voz distinta a la suya le cayó como una bandeja de agua helada a la cara.

-¡Ja! Creo que tu madre está más preocupada por los caballos. No podría importarle menos todo esto, al contrario yo hasta diría que ¡Está encantada con la situación! – Se jactó Sirina, mientras rellenaba su copa con las últimas gotas de una botella de vodka.

Elena soltó un breve suspiro. – Me refiero a que Lelouch tenía una extraña afinidad con esos animales y además fingió ser la mascota de Luca durante casi toda su infancia. – Estó sin molestarse en volverse a mirar a su nuera. – No me extrañaría, si el favorito de sus caballos albergara a ése endemoniado fantasma.

Mariano se dejó caer exhausto en uno de los sillones de la acogedora sala que adornaba el despacho en el que habían discutido toda la madrugada. – Eso es otra cosa que me preocupa, Helena es demasiado parecida a él. Tal vez, contarles la historia fue un error, tal vez no era la manera de sellarlo con los muertos, tal vez... – Dejó que su voz se fuera ahogando con el bostezo que le sobrevino. – Esto es más grande que nosotros tres. – Espetó llevándose las manos a las sienes con expresión cansina.

-Haz dado en el clavo querido; lo que Lillu ha iniciado no se trata únicamente de nosotros tres. – Respondió Sirina en tono despectivo. – El video de su pequeña hazaña en el pantano ya está en todas las redes; y Nicolás ése pobre está hecho un manojito de nervios. – Su esposo enarcó la ceja. – El que organiza el memorial de tu padre todos los años.

Mariano puso los ojos en blanco. – Con toda la tecnología de hoy en día, seguro que algo podemos inventarnos. Por dios, Sirina ¿Qué nos importa lo que tenga que decir todo el mundo? Ya tenemos suficiente de qué preocuparnos.

Sirina oprimió la quijada y fulminó a su esposo con la mirada, pero fue la Abuela Elena quien tomó la palabra. – Sirina tiene razón. Debería preocuparnos y mucho, ¿Sabes cuántas personas contarán a sus padres, hermanos, amigos y conocidos; sobre lo que presenciaron? ¿Cuántos hablarán sobre los famosos fantasmas del pantano? Y sobre el... I semblante de Mariano palideció. – El libro. Quienes lo hayan leído, ha

revivido una y otra vez la historia de su adorada bailarina... Si Lelouch regresa justamente ahora, en ésta época...

-□Será más poderoso de lo que jamás fue. – Dijo Elena, sin apartar la mirada de la ventana. – El único motivo por el que Luca accedió a escribir la historia fue porque estaba seguro de que el fantasma de Lully había desaparecido y quería honrarlo de algún modo. Lully anhelaba vivir, amaba la vida más que cualquier ser que haya conocido, pero al final decidió sacrificarlo todo por amor; a su bailarina y a su familia. El libro fue la manera en que ambos decidimos cumplir su deseo de “vivir”, al menos simbólicamente. Nunca imaginé que fuera imposible volver a invocarlo, no después de todas las veces que Luca les contó lo peligroso que podía ser convertido en un fantasma desquiciado.

-□Mamá ¿Estás segura de que Petró fue liberada de la maldición? Elena asintió. – Tu padre y yo nos aseguramos de ello.

Mariano se puso pensativo. – Entonces debemos averiguar qué es lo que quiere ésta vez y proteger a Lillu mientras tanto. Llevarla lejos, en donde nadie puede alcanzarla.

-□Te recuerdo que está encerrada en un manicomio, querido. – Contestó Sirina llevándose el vaso de vodka a la boca. ndo de pronto en un arranque Mariano se lo arrebató de las manos y lo derramó en la alfombra. – ¿iQué sucede contigo!? Nuestra hija está en peligro ¿Crees poder mantenerte sobria solo lo suficiente para averiguar cómo protegerla? Ambos comenzaron a discutir encendidamente, lo que ya no tomaba a nadie por sorpresa. Una vez iniciadas las acusaciones, ya no había marcha atrás. Ésta ocasión Mariano le recriminó por no haber parado de beber toda la noche, Sirina lo culpó de nuevo por la muerte de su hijo, y él le reprochó el haber abandonado a su hija. Ambos comenzaron a gritarse los adjetivos más hirientes que se les ocurrían; y cuando al fin consideraron que se habían castigado el uno al otro lo suficiente, cada quién se retiró a su esquina sin decir más nada. Y eso era lo más doloroso de todo, porque tenían tantos secretos que contarse, pero preferían destruirse antes de arriesgar perderse el uno al otro.

Mientras la Abuela Elena paseaba su mirada por la habitación, lamentando el mal hábito que tenía de subestimar a Sirinia, “aislada” es exactamente como Lelocuh podría acercarse más a su nieta ¿Acaso no también había aguardado pacientemente a que la relación entre Luca y sus padres se fragmentara? Se dio la media vuelta para informárselo a Mariano, cuando

de pronto sonó el celular de Sirina.

Sirina lo sacó de su bolsa y se quedó mirándolo sin saber qué hacer o decir.

-¿Qué pasa? – Quizó saber Mariano al verla pasmada. – El pequeño celular sonó tres veces más antes de parar. – Sirina, ¿Quién era, por qué no lo contestaste? .

Los músculos de Mariano se tensaron, no habría podido responder el teléfono aún si lo hubiese querido. Hacía tanto tiempo desde la última vez que ella lo había abrazado que ahora no sabía cómo reaccionar a ello. Al final el teléfono dejó de sonar y un tenso silencio cayó entre ambos. Mariano aclaró la garganta antes de erguir la espalda para zafarse discretamente del inesperado abrazo. – ¿Qué te pasa? – Le preguntó mirándola de frente, sólo para darse cuenta de que su rostro usualmente duro y distante estaba deshecho en lágrimas. Su primer impulso fue el de consolarla pero al final perdió el brío, y sus brazos quedaron colgando torpemente en el aire.

La Abuela Elena leyó las señales, por lo que aclaró la garganta fuertemente, tomó su bolso y se dirigió rápidamente hacia la puerta. – Muero de hambre, iré por algo de desayunar.

-Espera mamá, no tienes que irte. Pide algo en la cocina, nosotros te alcanzaremos tan pront... lina negó con la cabeza. – No te preocupes, quiero ir a desayunar con tu hija. Hace tiempo que no conversamos debidamente y de pronto me ha entrado una tremenda curiosidad por conocer a sus amigos del instituto.

Los ojos de Mariano se abrieron de par en par cuando cayó en cuenta de lo que su madre se proponía. No podía creer que hubiese sido tan ciego. – Con mayor razón, debemos acompañarte. Si Lelouch llegara a hacerte algo...

-Necesitamos ganar todo el tiempo que podamos y él es demasiado astuto, si todos nos presentamos de golpe a visitar a Lillu; sabrá que andamos tras su rastro y sea cual sea su plan, actuará de inmediato y no podremos detenerlo.

-Pero no vayas sola, la carretera de la Cresta Bermellón es peligrosa y las personas de Malebolgé son demasiado recatadas y supersticiosas. De

seguro presienten lo que somos. Lleva al chofer contigo para estarme más tranquilo.

-□Está bien, te aviso si averiguo algo. – Se despidió con la mano al salir.

Cuando la Abuela Elena cerró la puerta, Sirina sentía los latidos de su corazón haciéndola temblar incontrolablemente mientras miraba la espalda de Mariano. Pronto él se volvería hacia ella y no tendría más opción que contarle la verdad. Después de lo que había sufrido para protegerlo, ahora debía contárselo todo para poder afrontar juntos un mal aún mayor que la maldición que era Lelouch Castilleja para su familia ¡Qué sabían los “Hijos de la Luna” o los “Hijos del Sol” de maldiciones! Un fantasma que se rehúsa a morir o la oscura corriendo en las venas, era poca cosa en comparación con lo que la familia Sova había enfrentado generación tras generación prácticamente desde los tiempos de la rueda y el fuego.

-□Bien, puedes decírmelo ahora ¿Quién era al teléfono? – Sirina, caminó hacia la misma ventana donde antes había estado su suegra. Desolada contempló las nubes arreboladas en el firmamento y al jardinero que silbaba una alegre melodía mientras ponía manos a la obra. Pensó en lo feliz que era la gente que vivía su vida sin secretos, maldiciones, ni temores que les ensombrecieran el alma. – Vamos dímelo de una buena vez, que debe tratarse de alguien excepcionalmente espeluznante para dejarte a ti sin palabras. – Dijo Mariano, su voz denotaba un frío tono de burla.

-□Era mi hermana. – Respondió tronándose los nudillos nerviosamente. Recordaba la primera vez que había visto a Mariano; él acababa de ofrecer a su público una magnífica faena. Se había enfrentado a un toro templado y noble; en cambio él y su caballo “Cid” habían rejoneado desvergonzadamente, luciéndose con piruetas encadenadas, emboscándolo con galopes a costado, apoyando juguetonamente la frente en la testud del toro; todo lo que fuera necesario para encandilar a la plaza, pero eso si, una vez llegado el momento de cerrar la faena, su ánimo había cambiado repentinamente. El joven rejoneador, levantó la barbilla con expresión solemne y le propinó al toro un rejón de muerte perfecto que hizo rodar al animal de forma fulminante, sin puntilla, ni agonía. Esa tarde desorejó por rtida doble y sus padres ofrecieron una fiesta en su honor; Sirina se hallaba entre las personalidades que habían asistido para festejar a Mariano. En ése entonces ella era una joven soprano cuyo talento recién había sido descubierto, por lo que su agente

la forzaba a asistir a tantos eventos sociales como fuera posible, sin embargo Sirina había detestado cada segundo de la velada pues la sola idea de dar muerte a un animal, por simple espectáculo se le antojaba denigrante e incivilizado. Sin importar las súplicas de su agente, ella estaba dispuesta a exponer al joven rejoneador como el asesino descorazonado que en realidad era; sin embargo en cuanto lo tuvo frente a ella con sus cejas imperativas, sus ojos negros y profundos, y su esbelta figura... Lo supo. Supo que amaría a esa persona más que nada en el mundo. Entonces él rió encantadoramente y dijo; "Probablemente está mal, pero no olvides que pongo mi vida en manos de otro animal antes de enfrentarlos." Y así ambos iniciaron una acalorada discusión que no terminaría hasta dos años después, cuando él le propusiera matrimonio; y aún entonces ella lo miraba con reproche cada que lo acompañaba a la plaza.

Sirina se mordió el labio, maldiciendo el tener que recordarlo todo precisamente en aquellos instantes, cuando estaba apunto de destruirlo todo para siempre.

– Mariano ¿Alguna vez has escuchado un viejo estribillo que habla de las "Aves del Paraíso"? – Él arqueó las cejas e inclinó ligeramente la cabeza como si hubiese escuchado un ruido extraño entre las paredes, y ella empezó a cantar. – "En océanos profundos que no acaban ni empiezan, la oriente arrastra consigo los rostros malditos cuesta abajo. Sin forma ni voz. Canción de augurio. Canción de pena. Canción de júbilo. Las Aves del Paraíso baten sus alas, a través de los siglos, a través de la vida y la muerte; su viento murmura una melodía de tenebroso deleite y las aguas se tiñen de sangre. El mar que no es mar deforma su cara; el quejido, el sollozo, y el gozo, son la misma canción ¡Que horror cuando alzan el vuelo! Cuando las aves del paraíso cazan, no cantan más." No se trataba de una canción, era un hechizo. Mariano lo supo de inmediato y sintió una estocada en el corazón; y cayó abatido en uno de los sillones. – ¿Qué cosa eres en realidad? ALIANZAS.

Hacía una mañana maravillosamente soleada, nada más mirar las nubes se sentía tan cálido y en paz consigo mismo, que lamentaba terriblemente el tener que subir a ése pueblo olvidado en la Cresta Bermellón, repleto de gente chismosa que sin duda intuía lo que él era; pero tristemente era una visita que no podía retrarsarse por más tiempo. No si quería proteger a su familia del terrible mal que estaba por surgir a la superficie; podía sentirlo en el aire cada vez más pesado, en el aura venenosa que oprimía las calles... El bonachón hombre acarició los bordes de su papada, bien escondida debajo de su barba encanecida, y sin quererlo sonrió consigo mismo; últimamente estaba haciendo demasiadas cosas en contra de su voluntad y se preguntaba cuándo tendría que pagar las consecuencias... O si su familia lo entendería siquiera, su nieto no volvería a dirigirle la palabra, de eso estaba seguro. Sacudió la cabeza y revisó el reloj que portaba en su chaleco; al notar la hora frunció el ceño. – Está retrasada. –

Murmuró, notando de pronto el chorro de sudor escurriéndole en la nuca. Molesto sacó un pañuelo verde olivo que hacía juego con la boina en su cabeza, y lo pasó por su cuello y su frente. Era la espera lo que lo tenía hecho un verdadero manojito de nervios, el no saber qué resultaría de aquello.

Al menos cuando acudiera a Malebolgé, por desagradable que todo resultara, sabía exactamente qué esperar: Su nieto le echaría un vistazo y así sin más, quedarían reducidos a un par de extraños. En cambio ahora, desconocía cómo luciría ella, si tendría buen carácter o si lo fulminaría sin darle oportunidad de explicarse; entonces lamentó no haber ido a la sta Bermellón antes de su reunión. Se le ocurrió que si moría, no volvería a ver a su nieto nunca más. Entonces la paz regresó a su alma. – Debo sobrevivir sin importar qué. – Resolvió finalmente. Después de todo se trataba de una promesa ancestral, no podía ser él quien fallara ahora.

Debía estar ahí para su nieto, sin importar qué.

De pronto unas niñas corrieron hasta la entrada del edificio de enfrente; era una escuela. El hombre había estado tan abstraído durante todo el rato que casi no había notado nada de lo que lo rodeaba.

-□Niñas esperen! – Apareció una señora gritando al otro lado de la calle; tenía un rostro de modelado redondo, el cabello corto como un niño, vestía una blusa holgada de color rosa, pantalón de mezclilla blanco y zapatos bajos.

Las niñas morían de la risa pero la señora apenas y podía respirar, debía haberlas perseguido durante media cuadra por lo menos.

-□Te ganamos otra vez mamá! – Exclamó la mayor de ellas, llevaba una mochila con tenis de fútbol y un balón; por su estatura debía tener unos diez u once años.

-□Somos más rápidas que "Zoom"! – Rió la más pequeña que portaba el uniforme de algún arte marcial; karate o taekwondo. El señor no pudo distinguir cuál.

Si que lo son. – Les dijo la señora, a modo de calmarlas; luego les puso una mano sobre el hombro a cada una para asegurarse de tener su

completa atención.

– Antes de irme, repasemos las reglas una vez más ¿Qué harán si ven a su tío Mariano?

-□Correr a escondernos a un lugar lleno de gente y asegurarnos de quedar fuera de su vista, especialmente si sus ojos comienzan a brillar. Llamarte por teléfono y esperar a que llegues. – Respondieron las dos niñas en perfecta sincronía.

-□¿Y si ven a su tía Siri? – Preguntó la señora.

-□Entonces corremos hacia a ella, nos le tumbamos encima, te llamamos por teléfono y no la dejamos ir hasta que llegues. – Repitieron en coro nuevamente.

-□Muy bien! – Las felicitó la señora. Luego les dió un beso en la mejilla a cada una y las observó entrar corriendo a la escuela, con una despampanante sonrisa en la cara, que se transformó en una expresión de feroz advertencia apenas se hubo volteado a encarar al hombre que aguardaba por ella al otro lado de la calle.

El hombre se quitó la boina e inclinó su cabeza calva a modo de saludo.

Entonces la señora colocó su dedo índice sobre sus labios, de tal modo que aunque su voz apenas y sacudió el aire, su mensaje alcanzó al señor con perfecta claridad. – Escoja sus palabras con sumo cuidado ¿Quién es y qué busca? El hombre sonrió y apesar de no mover sus labios un ápice, la rasposa voz del hombre resonó en la cabeza de la señora. – Mi nombre es Tadeo. – Habló en la mente de la mujer.

Entonces la señora sonrió forzosamente. – Un lector de mentes. No es una magia común; felicidades. – Pensó ella.

El señor sacudió la cabeza. – Favor que me hace, a lo mucho soy un “invasor de mentes”. Sólo puedo hacerme oír y escuchar un tanto; así que no tiene que hechizar su voz.

Me avergüenza admitirlo, pero la magia de mi familia es demasiado débil en comparación con la de todos ustedes; quizás sea por eso que la

naturaleza me ha concedido éste don.

Me provoca escalofríos lo que podría suceder si alguna de las otras Familias tuviese semejante poder.

-□En eso tiene usted toda la razón. – Bramó la mente de la señora, al tiempo que intentaba abrir las palmas de sus manos para atacar al extraño hombre frente a ella, sin embargo, descubrió que no podía ni siquiera dar un paso al frente. Cada músculo en su cuerpo se había engarrotado repentinamente. Entonces miró el suelo y se percató de que su sombra parecía como atada con finísimos hilos de luz.

No creería que alguien tan humilde como yo, se presentaría ante usted sin tomar las debidas precauciones. – Afirmó él.

-□De nada le servirán si una nube bloquea el sol. Es un hechizo bastante pobre. – Espetó la señora.

El señor sonrió. – Lo sé, pero no planeo robarle demasiado tiempo. Sólo quiero ayudarla, ya que usted y yo deseamos lo mismo.

-□¿Ah sí? ¿Y qué es eso exactamente?

-□Pues proteger a nuestra familia naturalmente. – La mujer lo miró con extrañeza en su expresión. Entonces el señor alzó una mano y con movimientos sumamente lentos, para no alterar a su interlocutora, rebuscó una cajita de terciopelo en el bolsillo interior de su chaleco rayado; luego estiró su rechonco brazo y la colocó frente a él para que la mujer pudiera ver el contenido de la caja con perfecta claridad.

Era una pequeña daga verde esmeralda, de hoja curva que relucía espléndidamente con los rayos del sol. El corazón de la mujer dió un vuelco apenas hubo reconocido la daga.

– ¿Qué quiere? – Inquirió con marcada rabia.

Ya se lo he dicho. Quiero que su familia y la mía trabajen juntas, de otro modo no podremos detener al demonio.

-□Vaya descaro el suyo! Después de todas las muertes que su familia ha causado ¿iDe verdad creyó que yo estaría dispuesta a ayudarlo a usted o cualquiera de su estirpe!? – Retumbó el odio que irradiaba de ella en la mente del hombre.

-□Comprendo que piense así, pero créame, ambas familias compartimos la culpa si de las muertes contadas através de los siglos se trata. Y al menos que usted y yo lleguemos a un acuerdo ahora mismo; las tragedias del pasado se repetirán.

– Respondió el señor en un tono conciliador.

Sin embargo, la ira de la señora no amainó. – Mi familia y yo ya tenemos todo el apoyo que requerimos, y si usted aprecia su vida, me entregara la daga ahora mismo.

Esta vez fué el señor quien se encolerizó. – ¿"Apoyo"? Estoy enterado de sus alianzas: Baba Yaga y la Sabueso del Infierno. Ambas provienen de poderosos linajes, pero créame, no será suficiente para vencer al "Soldado de Kitezsh". Ninguna familia está preparada para enfrentarlo; en cambio, nosotros hemos entrenado a cada generación para este momento. Verá, no se trata de acumular alianzas, sino de hallar la indicada para que salir victoriosos. Y usted, no podrá derrotar a ese demonio sin mi ayuda y la de mi nieto.

La mujer esbozó una sonrisa cínica. – Por favor, estoy al tanto de la presencia de su nieto. Baba Yaga, reconoció el apellido al instante. "Múrom". Su nombre apenas y figura n la historia; y su nieto no tiene una onza mágica en todo su cuerpo. Así que perdone sino tiemblo de miedo.

Él suspiró resignado, al tiempo que guardaba la cajita de vuelta en su chaleco.

-□Usted y yo sabemos que si la magia bastara para detener al "Soldado de Kitezsh", entonces habría acudido a su cuñado. Pero está bien, usted haga lo que sienta que es correcto. Pero le advierto, nuestros antecesores han escogido el mismo camino una y otra vez; y siempre termina en lágrimas y sangre.

Cuando eso suceda, no se atreva a tocar mi puerta porque la cerraré en sus narices.

En ése instante una gran nube ensombreció el panorama, los hilos de luz se disiparon del asfalto en donde se proyectaba la sombra de la mujer; y

de inmediato sintió como sus músculos se relajaban lentamente. Entonces la mujer abrió las palmas de sus manos y un gran tremor sacudió la acera en donde estaba el señor; o mejor dicho; en donde había estado el señor; pues cuando la mujer devolvió la mirada, el hombre había desaparecido de la vista. En vano giró en redondo buscándolo, hasta que finalmente, frustrada dió una patada a la pared de la escuela. Todo estaba sucediendo demasiado rápido, y la presencia de aquél hombre había confirmado su peor temor: El Mar de Kitezsh estaba apunto de secarse, entonces el temido demonio se alzaría más fuerte que nunca antes y la destruiría a ella y toda su familia... Así que con todo el dolor de su corazón hizo algo que nunca se creyó capaz de hacer.

acó el celular y suspiró resignada.

– “Bueno.” - Respondió la apesumbrada voz al otro lado del auricular. – “¿Quién habla?” – La mujer rechinó los dientes, no podía creer lo bajo que había caído. Pero el hombre insidioso tenía razón; para vencer al Soldado de Kitezsh, necesitaba al heredero de la magia más poderosa que conocía. Se trataba de proteger a la familia y si su hermana se rehúsaba a tomar sus llamadas, entonces la única opción que le quedaba era... – “¿Nina, eres tú?” – Preguntaron desde el celular.

Entonces ella aclaró la garganta y contestó. – Si soy yo, Mariano. Tenemos una plática pendiente desde hace tiempo ¿No crees?

-□“Sirina salió a comprar, no sé, algo de beber supongo.”

-□Es una lástima, pero no importa. Estaré allá en un par de días, tan pronto arregle unos cuantos pendientes. – Respondió Nina y colgó.

Permaneció observando el celular con aire pensativo un momento más; aquél hombre estaba destrozado, lo sabía por la voz rasposa. Mariano Castilleja había estado llorando, lo que significaba que la pequeña Siri finalmente se había armado de valor para contárselo todo. “¡Bravo hermanita!” pensó para sí... y luego sintió un peso oprimiéndole el pecho... Si ella estuviera en la misma posición de Siri o de Mariano, no sabría qué hacer, se habría desvanecido del panorama desde hace mucho; pero luego encurvó los labios con suspicacia; se le ocurrió que quizás Mariano Castilleja tan solo estaba comprándose más tiempo para cobrarse venganza sobre las Aves del Paraíso por la muerte de su hijo mayor.

Entonces miró con aprensión la entrada de la escuela y sus ojos se llenaron de lágrimas.

El siguiente Ciclo de Sangre estaba apunto de comenzar.

En ése instante su celular vibró, había recibido un mensaje de un número desconocido: “He visto a las Aves desplumadas . Tenemos que

hablar. Te veré en casa de Siri.” Con eso, Nina adivinó quién era y suspiró fastidiada, y justo cuando estaba apunto de escribir su respuesta, llegó otro mensaje del mismo contacto: “Sé que no fui requerido , pero no tener que esperar una invitación es una de las ventajas de ver el futuro. Otra cosa, asegúrate de llevar a las niñas contigo, sino lo haces nuestro querido cuñado te fulminará al instante. Iván.” Nina puso los ojos en blanco. Luego de años de no saber nada de su hermano, de pronto le texteaba como si se hubieran visto apenas la semana pasada para ir al cine o algo.

– ¡Bonita reunión familiar la que me espera! El bonachón hombre caminaba aprisa, empujando a la gente que entorpecía su camino, sacó su celular y digitó tan rápido que casi se le resbalaba el teléfono de las manos.

-¿Bárbara? Tenías razón, Nina rechazó la tregua. Las Aves del Paraíso harán lo que mejor saben hacer, cuidar de sí mismas sin importar las vidas que se lleven en el camino. Necesito entregarle el arma a mi nieto ya mismo. Hay demasiada agitación en el ambiente, en los árboles, el aire, el agua... Hay algo pútrido abriéndose paso hacia nosotros, puedo sentirlo ¿Tú también? Que bueno, creí que estaba volviéndome loco. En fin, tengo que hacer un par de diligencias más, pero apenas termine... Elo y yo tendremos que hablar largo y tendido. Así que... ¿Qué quieres decir con malas noticias? ¡Pactó con un demonio?! – Gritó el señor, provocando que toda la gente lo volteara a ver por lo que se tranquilizó y bajó la voz. – Bueno eso explica mucho, creí que solo tendría que enfrentar al Soldado de Kitez, pero esto... Bárbara ¿Crees que puedas mantener encerrada a “Sinistre Cygnum” un rato más? Hay una aliada más que necesito reclutar.

EL PROFESOR.

Sería una mañana inusualmente ajetreada en el Instituto Malebolgé y la siniestra cadena de sucesos comenzaría con una inofensiva llamada en plena madrugada. Faltaban casi tres horas para que la primera campanada del día sonara, por lo que el director todavía dormía plácidamente en su habitación en la Torre Principal. Cuando de repente, su móvil vibró insidiosamente debajo de su almohada, le tomó unos instantes comprender qué estaba pasando pues todavía sentía como si un mosquito le hubiese zumbado dentro del oído; adormilado buscó el celular a tientas y en la pantalla leyó “Doctora Bárbara”.

-¿Qué pasa Bárbara? – Preguntó con voz carrasposa, obviando las

cordialidades.

Llevaba ya diez años a cargo del sanatorio (sólo cuando hablaba en voz alta lo llamaba "instituto") y si algo le había dejado la experiencia es que las malas noticias tenían el hábito de comunicarse minutos antes del amanecer. – No me diga eso. – Espetó llevándose una mano a la frente. – Pero si era tan buen hombre, caray ¿En qué parte de la carretera exactamente? – Quiso saber, a la vez que buscaba pantalones y un par de tenis para partir de inmediato. Consideraba que era su deber informar personalmente a la familia y asistirlos en todo lo que pudiera. – No nada de eso yo hablaré con su esposa, envíeme la dirección que ya voy para allá... – La doctora lo interrumpió para informarle que el profesor era divorciado y que prácticamente no tenía más familia que la del Instituto Malebolgé. El director sintió un hueco en el estómago, a menudo olvidaba que el personal que pretendía procurar y guiar como un afectuoso patriarca, tenían historias que contar, vidas que sufrir afuera de los muros de Malebolgé. – Vaya pues, en tal caso no hay nada más que hacer. Busque quién lo sustituya y cite a los aspirantes en mi oficina ésta misma tarde. ¡Ah! Pero asegúrese de que sea un reemplazo digno. – Agregó antes de colgar, para no sonar tan insensible.

Sacudió la cabeza y volvió a la cama, si al fin y al cabo no había quién llorara al profesor, no tenía motivos para sentirse culpable; y eso precisamente era para él, un profesor y nada más. Doctores, enfermeros, conserjes, guardias, profesores, cocineros, y pacientes; es lo único que necesitaba saber sobre las personas que habitaban el sanatorio.

Eran las 6:00 de la mañana cuando el director volvió a despertar, tendría que pasar el día entero sentado en su oficina atendiendo llamadas de condolencia y entrevistando a eruditos engreídos con sonrisitas tiesas. A las 7:00 de la mañana ya se hallaba en el pasillo sorteando las oficinas de los doctores y los catedráticos de mayor renombre. Llevaba un termo de café caliente en las manos, pero eso no les impidió a los más impertinentes acercársele con la esperanza de encandilarlo a contar más detalles sobre el choque que había sufrido el pobre Profesor Mompello de camino al trabajo, lo que a decir verdad no era complicado pero el tener que hacerlo con expresión compungida resultaba todo un arte ¡Y qué clase de artista era el Director Dante! Para cuando hubo llegado a su oficina, había dejado una fila de dolientes en el pasillo convencidos de que trabajaban para un hombre formidable; él se sentía tan complacido consigo mismo que incluso podría haber dado uno de sus famosos discursos, de no ser por el incidente en el comedor con la paciente Allegra P. Hilo que era un motivo onstante de cotilla, sin contar con el sorpresivo performance de Helena Castilleja en el pantano la noche anterior. Tres chismes frescos para alimentar su morbo, y el día apenas comenzaba... Por la tarde la campana resonó nuevamente en los muros del instituto para anunciar el receso a los alumnos de las primeras cinco Bolgias; el director se recargó en su escritorio y se frotó los ojos con tedio,

afortunadamente sólo restaba un candidato más por entrevistar. Tenía credenciales espectaculares, lo que significaba que sería tan aburrido como todos los demás, pero no había remedio, los padres pagaban lo que pagaban porque el Instituto Malebolgé se jactaba de poseer un espectacular cuerpo docente, no porque fuesen gente divertida. El director se estiró en su silla y luego caminó hacia la ventana de su oficina, separando con los dedos las persianas para espiar al aspirante; se llevó una sorpresa al no encontrarse a un señor con lentes de armazón negro y cabello encanecido sino un joven que apenas salía de la veintena de su vida. Era imponentemente alto y sobresalía incluso ahora ahí parado sin hacer o decir nada en particular; tenía el cabello rubio desgarrado pero no descuidado, por el contrario iba pulcramente vestido con un traje azul oscuro de tres piezas, el director pensó que quizás por eso había elegido no sentarse, por temor a arrugar la tela. Excepto porque al escrutar el rostro del joven, no vio en él indicios de ansiedad, sus ojos azules parecían serenos como si no odiaran a nadie.

El director Mompello abrió la puerta. – Buenas tardes, siento que haya tenido que esperar tanto tiempo. – Dijo extendiendo la mano hacia la puerta, invitándolo a pasar.

El joven asintió y entró a la oficina. Mientras que el director rodeaba el escritorio para tomar asiento, el joven evaluó su entorno; los muebles tapizados rígidamente en color hueso, la caja fuerte empotrada en la pared detrás del escritorio, las ventanas excesivamente limpias, los estantes con numerosos reconocimientos, cuadros abstractos, fotografías de colegas y eventos... Pero ninguna con familiares o amigos. El joven sonrió.

-□Siéntese. – Le indicó el director.

-□Prefiero estar de pie, si no le molesta. Ya he estado sentado mucho tiempo.

El director frunció el ceño, sabía que mentía. – Desde luego, no hay problema. – El muchacho asintió complacido, el director admiró el que pudiese mantener aquella expresión franca aún cuando mentía. Quizás tenía que ver con las cejas altas y la fuerte quijada que le conferían el aspecto de un ser sensato; consideró entonces que podía serle útil en el futuro para que hablara con los padres cuando fuesen a conocer el sanatorio. Nada como un rostro agraciado para distraerlos de la cruda realidad. – Debo decirle que tiene usted una colección impresionante. – Dijo abriendo el fólter negro sobre su escritorio. – Estudios de la tradición religiosa mesoamericana, publicaciones de arqueología e historia, dominio

del Latín, Griego y Hebreo; Especialidades en la pintura Veneciana, Imágenes simbólicas, el Arte Ruso y Alemán; Doctorado en el desarrollo histórico de la arquitectura, Catedrático de historia del arte moderno en las universidades de Turín y Roma; Perteneció tres años al equipo administrativo de Bellas Artes en México ¿Es correcto? – El muchacho respondió con un breve ademán. – Además veo que disfruta del trabajo de campo, ha liderado expediciones en el Amazonas, Egipto, la Antártida y el Himalaya. – Cuando el director terminó la lectura rápida del currículum que sostenía entre sus manos, enarcó una ceja y se le quedó mirando fijamente.

-□He tenido mucho tiempo libre entre mis manos. – Respondió el muchacho, encogiéndose de hombros.

-□Eso parece, éste tipo de experiencia no se ve normalmente en alguien tan joven como usted. Ahora entiendo porqué la Doctora Bárbara lo recomendó tanto; aún así necesito revisar sus otras referencias para poder comenzar los trámites ya mismo. – Le indicó el director en tono entusiasta, al tiempo que se disponía a encender su ordenador para verificar la información.

El joven suspiró, caminó hacia el escritorio y se recargó azotando las manos violentamente, provocando que el director brincara en su asiento. – Disculpe usted Dante, pero he tenido una mañana difícil. Tuve que deshacerme del profesor anterior para poder entrar a éste lugar, y lo peor de todo... Éste cuerpo... Comienzo a sofocarme. – Su voz se apagó. Y desde su silla el director notó que pequeñas escamas transparentes habían crecido en la piel del muchacho e incluso en sus ropas. Cuando lo sorprendió mirándolo, el joven oprimió fuertemente la quijada y procuró calmarse. – Si en verdad quiere saberlo, mis referencias han estado muertas por bastante tiempo... – Comenzó a hablar con varias voces que se intercalaban en una atroz sicofonía. – Y en cuanto a mi nombre, para averiguarlo debería turbarlo al punto de la locura... Así que por ahora, sencillamente llámeme "Profesor". – Entonces sus manos se alargaron hasta culminar en filosas garras negras que se enroscaban como garfios y su cara adquirió facciones de reptil, sin deshacerse por entero de las humanas.

El director perdió la compostura, subió ambas piernas y se enroscó en su silla cubriéndose la cabeza, intentando deshacerse en alaridos para pedir auxilio, pero su propia voz lo ahogaba.

-□Cálmese Dante. – Habló el infernal vocerío desde una sola garganta, inclinándose sobre el escritorio para pegar su cabeza al pecho del director. – ¿Escucha ése lastimoso traqueteo? Es su corazón a punto de estallar.

El cuerpo del director se convulsionó, las venas del rostro enrojecido se le marcaron como alambres y los ojos se le saltaron de las cuencas, pues entre más intentaba gritar más le faltaba el aire. En un gesto de aparente clemencia, el demonio le deshizo el nudo de la corbata. – Tendrá que disculparme usted, pero es más complicado de lo que parece. – Dijo alzando sus garras frente al director. – ¡Listo! – Exclamó triunfal con la corbata colgando entre sus zarpas. – Lo he hecho bien, ¿No le parece Dante? – Los gemidos cesaron. – ¿Dante? – Lo llamó una vez más, entonces se percató de que el director yacía inerte en su silla con la lengua de fuera y los ojos desorbitados. – Ustedes y su curiosidad humana, una manzana después y aún no aprenden a no hacer preguntas. – Murmuró el demonio, cerrando los ojos del cadáver. Se le ocurrió que la expresión angustiada que conservaban podría complicarle innecesariamente las cosas, luego rodeó la silla y se plantó sonriendo frente a la caja fuerte. – Seguridad biométrica presumo ¿Verdad querido Dante? Me lo suponía. – Levantó la mano derecha del cuerpo y plantó el pulgar en el diminuto cristal en el centro de la compuerta, un foco rojo cambió a color verde y la puerta se abrió. El demonio soltó la mano del director y se limpió en sus ropas como si un extraño tipo de suciedad lo molestara.

La caja contenía todo tipo de chucherías y artefactos; desde navajas, cuadernos viejos, pedazos de tela, botellas de cristal, cajitas de música, medallas, sombreros, muñecas, peluches, brújulas, hasta relojes, y un sin fin de objetos desteñidos que a primera vista carecían de valor; sin embargo por el aroma tan puro que despedían; el demonio intuyó que para los legítimos dueños eran invaluable. Lodo, vino, flores, galletas, pino, incienso, avellanas, césped, asfalto húmedo... Todos los olores se fundían en uno mismo al aspirarlos, pero el de Helena Castilleja era inconfundible. – Sauce quemado. – Enunció con el mentón en alto, cuando hubo posado su vista sobre un andrajoso payaso de porcelana. – El demonio contrajo sus garras y levantó el payaso con extrema delicadeza para admirarlo.

-□Mi Ama aguarda por ti, viejo amigo.

La pérdida del Director Dante, supuso una gran tragedia para el cuerpo docente del prestigioso Instituto Malebolgé; unos decían que las presiones del trabajo al final habían podido más con él; otros que ya tenía tiempo arrastrando serios problemas de salud o que al intentar contener un

violento estornudo el corazón le había estallado; incluso hubo quien fue tan lejos para decir que todo había sucedido cuando un sorbo de café se le había ido por el ducto equivocado. Como quiera que fuese, antes de que el día terminara el Instituto Malebolgé tenía una nueva Rectora y un nuevo Profesor de Historia del Arte. ertamente, había sido una mañana muy ajetreada tras los muros del antiguo castillo enterrado en la Cresta Bermellón.

LOS "BOGATYR".

Lillu suspiró aburrida, con la frente recargada en el escritorio metálico y traqueteando los dedos al ritmo de las manecillas del reloj colgado en la pared de la enfermería; no porque tuviera conciencia de las dos horas que llevaba esperando a que el enfermero regresara a abrirle la puerta; sino porque era la única fuga que había hallado para los temores acumulándose en su cabeza. Ahora que estaba a solas, ella misma no comprendía en qué artes había terminado vendiéndole su alma a una criatura de la que no sabía absolutamente nada... Si es que acaso aquello fuese lo que el dichoso "Pacto" implicaba, lo cierto era que Lillu no tenía nada más que conjeturas forjadas a base de cuentos y películas... Porque eso era lo que los demonios siempre buscaban ¿No? Devorar las almas inocentes de sus víctimas, aunque tampoco era algo que le importara demasiado.

Hace mucho tiempo que había decidido rescatar a su hermano, sin importar el precio que tuviera que pagar; especialmente ahora que tenía la certeza de que la criatura monstruosa que se lo había llevado era un demonio y no un producto de su imaginación.

Cuando era pequeña al menos diez psicólogos habían intentado convencerla de que ella había provocado la muerte de su hermano, pero al no poder lidiar con la culpa, su mente infantil había creado una suerte de monstruo a quién culpar; sin embargo, conforme fue creciendo, sus padres comprendieron que no tenía sentido forzarla a enterrar la verdad tras un montón de tonterías médicas que no hacían más que lastimarla, así que un buen día Mariano y la Abuela Elena le explicaron que la historia del Abuelo Luca era real y lo más probable era que algún fantasma hubiera intentado provocarla para despertar la magia oscura de su sangre... Más tarde descubrieron el gran error que habían cometido, pues illu se sumergió en el relato del Abuelo Luca con la esperanza de desmenuzar la identidad del fantasma misterioso y revivir a su hermano, del mismo modo en que Petró había revivido a una isla entera de fantasmas. Fue entonces que Sirina había insistido en recluirla en un manicomio y ni su padre ni la Abuela Elena pudieron oponerse a ella; pues ninguno supo qué responder cuando ella al fin pronunció las palabras que Mariano tanto había temido: "Ustedes mataron a mi hijo, no dejaré que maten a mi hija." Sin embargo Lillu nunca supo el verdadero motivo, y desde ese momento tuvo la certeza de que su madre la culpaba y la

odiaba por haber matado a su hermano... pero ahora que sabía la verdad, deseaba enfrentar a su madre y decirle que estaba equivocada: El asesino de Lucio era un demonio, no los Hijos de la Luna.

-□Elo. – Pensó de repente en voz alta, sin darse cuenta. Detestaba ser la culpable de que el pobre no pudiera visitar a su familia durante los próximos tres meses, pero no tanto como hubiese detestado verlo arrinconado en la oscuridad del cuarto de aislamiento... Él que era el único que la escuchaba sin importarle si sus historias llenas de magia, gitanos, hechizos y fantasmas eran o no las invenciones de una jovencita dañada. Elo estaba convencido de que el dolor que sentía Lillu era tan real como el sol que amanece en el este cada día; por eso él había insistido en acompañarla. – Soy una tonta. – Espetó, enterrando su frente aún más en el escritorio, como si quisiera cavar un hoyo y nunca más salir a la superficie.

e había dejado dominar por su propia vanidad y estaba tan convencida de dominar su magia, que creyó que a estas horas ella y Lucio estarían reunidos en una linda cena familiar o algo parecido. Tristemente ahora que sentía palpar la herida en su mano, comprendía el grave peligro en que había puesto a Elo y al resto de su familia, por eso había acudido a la enfermería; no por su mano lastimada sino porque después de todo, Allegra había sido la verdadera artífice detrás de sus planes; ella la había instruido y guiado para llevar a cabo el hechizo, ella había acudido a la habitación de aislamiento, ella había ahuyentado al Demonio desde el otro lado de la puerta, ella sabía todo sobre cada leyenda de la Familia Castilleja y la Familia Sunce; ella que de acuerdo al propio Demonio, era la única capaz de compensar la ignorancia de Lillu... Ella que parecía casi tan determinada como la propia Lillu a cazar al monstruo que había matado a Lucio... pero ¿Por qué?

-□¿Qué es lo que realmente buscas Allegra? – Se preguntó Lillu, pues jamás había creído que la extraña chica actuara únicamente por la “bondad de su corazón”; desde un principio sospechó que Allegra perseguía algo más, pero a Lillu no le importó... Igual que no le importaba lo que el Demonio quisiera de ella. – Te salvaré a cualquier costo, lo prometo hermano. – Juró sentidamente. Luego levantó la cabeza y respiró hondo, en un intento por apartar cualquier duda que pudiese disuadirla de seguir adelante con sus planes que apenas tomaban forma.

– ¡¿Qué clase de sanatorio es éste?! ¡Todos los enfermeros están demasiado ocupados para curar una simple mano o qué! – Refunfuñó, haciendo una leve mueca de dolor, pues de pronto sintió arder la herida en su mano bajo el pedazo de tela que Bibi le había atado; y sin mucha delicadeza, Lillu removió el improvisado vendaje y dejó que el metal del escritorio le procurara una gradable sensación de alivio. – Bueno, por lo

menos tengo dientes fuertes. – Pensó con una mueca de asco al tirar el pedazo de tela en un cesto que contenía vendas, hisopos y cachos de algodón; todos manchados.

Por algún motivo al observar la basura, despreció la obsesión que tenían todos los hospitales por mantener las cosas ridículamente impecables; era absurdo si al final todo terminaba teñido de rojo. Y la enfermería de la Quinta Bolgia no era la excepción, al contrario, era excesivamente blanca debido a las inmensas luces colgantes que alumbraban una larga hilera de camas; como un pequeño fragmento de cielo particular. Al fondo había una ancha puerta de cristal que daba acceso a la sala de estar en la que los parientes de los pacientes podían guardarles compañía, y que a su vez estaba dividida por una cortina azul pálido tras la que los enfermeros hacían guardia y se ocupaban de cualquier incidente menor que ocurriera en el transcurso del día; excepto hoy. Hoy, todos habían abandonado sus obligaciones y dejado a los durmientes enfermos a su suerte.

-□Debe haber pasado algo gordo para abandonarnos aquí a todos. – Se le ocurrió a Lillu; cuando de la nada, algún sentido recién nacido en ella la hizo percibir una pesada mirada desde el otro lado del cristal, en donde descansaban los pacientes.

Súbitamente todos los ruidos de la habitación desaparecieron, no se oían más las manecillas del reloj, ni el zumbido de las lamparas, ni siquiera la propia respiración de Lillu perturbaba el aire; no había más que un silencio opresivo tragándose todo a su alrededor.

n miedo demasiado familiar se apoderó de Lillu, por lo que se levantó de su silla muy despacio, procurando no hacer ningún movimiento brusco que pudiese alterar a la que presencia que la acosaba. – ¿Eres tú? – Preguntó, pero era como si sus palabras se perdieran en un hoyo negro. Asustada se llevó una mano a la garganta. – ¿Hola? – Masculló sin efecto alguno, luego tomó una gran bocanada de aire y gritó con todas sus fuerzas. – ¿iQuién anda ahí?! ¿iQué es lo que quieres!? – Pero nuevamente, ningún ruido perturbó la enfermería. – Eres tú, lo sé... Sabía que regresarías tarde o temprano... ¡Pero ya no te tengo miedo! – Exclamó, sacudiendo los brazos violentamente. Luego se puso a dar zapatazos en el piso, gritó agitando la cabeza e incluso cogió la silla fuertemente con ambas manos y giró sobre sí misma para tomar impulso, pero al estrellarla contra la puerta, el cristal apenas y vibró. Avergonzada miró el cristal blindado sin un solo rasguño, cuando de pronto, un agudo pitido en su oído comenzó a sonar; como si alguien estuviese afilando un cuchillo en sus tímpanos. Lillu se protegió del sonido con ambas manos pero fue inútil porque el ruido provenía de ella misma. – Basta de juegos, sé quien eres monstruo ¡Sal y enfréntame!

– Demandó.

Fue entonces que el pitido se detuvo, los sonidos fueron liberados y el silencio cedió ante el monótono tic tac del reloj que nuevamente se escuchaba en la habitación; sin embargo Lillu se quedó parada con las manos temblorosas, pues todavía sentía aquella presencia salvaje cerca de ella. – Te recuerdo perfectamente, sé que eres tú. No tiene caso que te escondas. – Dijo con voz trémula, cuando de improviso un jadeo ardiente y pesado sacudió los cabellos de su nuca.

-Sinistre Cygnum. – Murmuró la insidiosa voz detrás de ella. ero cuando Lillu se volvió a mirar, no había nada. Sin querer, soltó un suspiro entrecortado. – Tengo que salir de aquí. – Dijo, recogiendo la silla para arrojarla otra vez.

Pero el resultado fue el mismo, el cristal no se rompió, por lo que Lillu se sonrojó y frustrada pateó la silla. – Es un manicomio ¡Claro que iba a estar blindada! – Comenzó a golpear el cristal, con la esperanza de llamar la atención de uno de los guardias o enfermeros que pasaran por el pasillo que tan lejano le parecía encerrada en esa habitación.

– ¡Déjenme salir!– Gritó furiosa, cuando de repente el cesto de basura salió disparado hacia la pared. Temerosa Lillu pasó saliva. – Con que así será. Perfecto, ¿Quieres jugar? Juguemos. – Espetó desafiante. Nada en respuesta. – Vamos monstruo sal a jugar ¿No dijiste que disfrutabas más cuando me resistía? – Lo retó señalando la cicatriz que la baba del demonio le había dejado en la mejilla cuando era niña. – ¡Sal a enfrentarme!! De nuevo nada.

Abrumada por el recuerdo de aquél monstruo siniestro que había sido más poderoso y astuto que ella en el pasado, los ojos de Lillu se inundaron de lágrimas. Entonces algo espeluznante sucedió; su pálido reflejo en el cristal sacudió la cabeza con desaprobación. – No es sabio llorar frente a un demonio, Sinistre Cygnum. – La reprendió la Lillu del cristal, al tiempo que se limpiaba las lágrimas del rostro y las lamía con delicadeza. – Su aroma, su sabor, el dolor que emana de ellas estimula nuestro apetito; son como diminutas gotas de alma. Ahora el pobre no podrá resistirse y tú no estás lista para frenarlo. No somos lo suficientemente fuertes todavía.

illu arrugó el ceño ante la bizarra visión del cristal. – Con que eras tú zumbando en mi cabeza, tú destruiste el silencio. – Declaró Lillu complacida, pero antes de poder hacer o decir más nada; el escritorio metálico se alzó en el aire y arremetió contra ella.

Afortunadamente sus refinados sentidos le permitieron esquivarlo apenas por un pelo; aunque el impacto fue tal que el cristal de la puerta finalmente se desmoronó con un horrible estruendo que forzó a Lillu a arrojar al suelo con las manos cubriendo su cabeza.

Al reincorporarse, vió que la silla avanzaba rechinando en el suelo como si alguien la arrastrara lentamente hacia ella. – Muebles diabólicos ¿Eso es lo que haremos ahora? No te ofendas, pero hace diez años eras más creativo. – Se burló respirando pesadamente. La presencia enfureció, pues la silla la golpeó fuertemente en el estómago y la arrojó contra los sillones de la sala de espera. – Eso está mejor. – Habló con la voz sofocada, a causa del golpe. – Pero ambos sabemos que no será suficiente; no después del azufre inundando mi recámara, mi hermano asfixiándose y tu aliento fétido en mi cara. – Entonces un contenedor cayó al suelo, vaciándose de todas las jeringas sucias que los enfermeros habían desechado. – Pensándolo bien, volvamos a los muebles poseídos. – Dijo Lillu antes de que las filosas agujas se elevaran en el aire como un mortal enjambre. Lillu brincó al otro lado de la enfermería, a través de la ventana rota – ¡Demonio! – Gritó mientras corría desesperada entre el pasillo de camas. – ¡Ven aquí ahora mismo! – Lo llamó nuevamente, sin dejar de correr; sorteando las camas y buscando algún tipo de arma que pudiera utilizar para protegerse de las filosas agujas persiguiéndola.

-□Ya estoy aquí. – Esuchó la frívola voz de su demonio.

Si te oí fuerte y claro, gracias por la migraña. – Se refirió al pitido de hace unos momentos. – Pero no te quiero en mi cabeza, sino aquí en la enfermería. – Jadeó sin aminorar la velocidad, por el sonido de las agujas chocando frenéticamente entre sí, sabía que estaban pisándole los talones.

-□No puedo hacerlo Sinistre Cygnum, si acudo a tu lado, la Señora Elena sentirá que tu magia ha cambiado y descubrirá el Pacto antes de que podamos recuperar a tu hermano. Además, ya te lo dije, no estamos listos.

-□¿Mi Abuela, de qué estás hablando? – Espetó, corriendo en zigzag a través de las camas para esquivar las agujas que se tornaban cada vez más certeras, pues ya tenía rasguños en ambos brazos. – Déjate de excusas y ¡Ayúdame!

- Soy tu fiel sirviente, no tienes más que tomar lo que plazcas de mí.

- ¿Eso qué significa!? – Exclamó. – Basta de acertijos y ayúdame. – Le ordenó, pero el demonio ya no le respondió. – ¿Demonio? – Lo llamó nuevamente pero era inútil, su supuesto sirviente la había abandonado. – Maldición. – Masculló, deslizándose en el piso para rodar por debajo de las camillas. ZUM. Oyó segundos antes de tomar cubierta, debía pensar en algo pronto porque la enfermería era enorme pero no infinita; tarde o temprano el largo pasillo culminaría en una puerta cerrada. ZUM ZUM ZUM ZUM escuchaba el mortal enjambre acercándose cada vez más. – No seas cobarde, piensa. – Se riñó a sí misma por fiarse del Demonio; después de todo había sobrevivido los últimos diecisiete años de su vida sin tener uno a su servicio.

El zumbido metálico la tenía prácticamente acorralada, y sin embargo, mientras brincaba encima de las camas para escabullirse por debajo y no ser un blanco fácil, no dejaba de imaginarse lo que sus padres tendrían que decir cuando se enteraran de que había destrozado una puerta de cristal blindado. Porque nadie iba a creerle que los muebles de la enfermería se habían vuelto en su contra... Aunque pensándolo bien estaba en un manicomio, seguro que escuchaban peores cosas todo el tiempo. – ¡Concéntrate Helena! – Supuso que nadie la regañaría si moría a manos de jeringas flotantes. – Primero salgamos con vida de esto y luego nos ocupamos de qué decirle a mi papá... Papá ¡Eso es! – Exclamó, apresurándose a rodar cuatro camas más adelante.

Sin darse cuenta, contuvo la respiración. Para que su plan funcionara, tendría que ser ágil y precisa. Así que aguardó cinco largos segundos y cuando oyó al enjambre metálico posarse sobre la cama en la que ella se ocultaba, tomó una gran bocanada de aire; y sin consideración alguna por el enfermo durmiente encima de ella; cogió las orillas colgantes de la sábana y con un rápido movimiento salió de su escondite. – ¡Con la capa al toro! – Gritó al batir la sábana blanca frente a las agujas y envolverlas con un fuerte nudo.

El bulto se sacudía violentamente y las jeringas agujereaban la sábana con terrible saña, por lo que Lillu se apresuró a arrastrar la sábana de regreso a la sala de estar y colocó uno de los sillones sobre el bulto. – ¡Ja! – Exclamó triunfal, cuando un característico olor a azufre inundó la habitación y las brillantes luces blancas comenzaron a parpadear. – ¿Tan pido te aburríste? – Azuzó al monstruo, sin embargo al darse la media vuelta; descubrió apariciones descarnadas que ocupaban cada centímetro de la enfermería.

Eran tantas que Lillu ya ni siquiera podía ver los muebles o a los pacientes, sólo veía a aquellas criaturas de azufre, danzando entorno a

ella. Mugían, cantaban, hablaban, lloraban y gritaban con tanto dolor que era imposible distinguir lo que cada una decía, sin embargo todas tenían la vista claramente fija en la mano ensangrentada de Lillu. – Carne... Huesos... Carne y Huesos... – Comenzaron a canturrear, estrechando cada vez más la distancia entre ellos y Lillu. Ella permaneció en guardia, luchando por no sucumbir al miedo como le había ocurrido antes con los demonios. – Carne y Huesos... Carne y Huesos... – Continuaron cerrándose en torno a ella como una jauría de perros salvajes.

-□Ninguno cumplió mi mandato, no les debo nada. – Declaró en voz calma pero trémula.

Los fantasmas estaban a punto de volverse frenéticos, cuando de improviso un agudo rechinado los distrajo: Se trataba de una menuda figura descalza y enfundada en bata blanca, que avanzaba hacia al centro del círculo arrastrando los pies y sacudiendo espasmódicamente sus largos brazos. Helena no podía verla claramente a razón de las luces prendiéndose y apagándose; pero cuando la persona entró con ella al centro del círculo, de inmediato distinguió la melena rosada de Allegra y se sintió aliviada. – ¡Justo a tiempo! – Corrió junto a ella, tomándola por la muñeca para salir corriendo hacia la puerta. – Dime Obi-Wan Allegra, qué tengo que hacer para detenerlos y escapar. – Bromeó, pero por supuesto no obtuvo más que un ruido ahogado, casi como un gargajo atorado en la garganta. – ¿Allegra? Al principio Lillu creyó que las medicinas la tenían adormilada pero cuando le acomodó el largo cabello tras la oreja para examinarla mejor, Lillu retrocedió de un salto.

La boca de Allegra estaba flácida, abierta de par en par; su espalda encorvada pero con el cuello girado rígidamente hacia la izquierda como una muñeca rota; su pecho se movía arriba y abajo sin descanso, como si respirara con dificultad y sus ojos parecían inyectados de sangre. – Ayúdame... el demonio... el demonio... el demonio pronunció mi nombre. – Habló Allegra con una voz similar al croar de un sapo.

-□Eres tú. – Respondió Lillu en un hilillo de voz, toda ella temblaba pero no de miedo. No. Eran la cólera y la hiel desbordándose dentro de ella. – El demonio que he buscado todos estos años ¡El monstruo que mató a mi hermano! El cuerpo de Allegra se enderezó con los brazos levantados tiesamente a cada lado, contorsionándose hasta que logró erguir el cuello lo suficiente para mirar a Lillu a los ojos y dedicarle una torva sonrisa. – Si. – Rió mordiéndose los labios. – Pero te aseguro que fue solo porque no tuve más opción Sinistre Cygnum. Verás soy quisquilloso al saciar mi apetito, tanto que antes de encontrarte llevaba un par de siglos en ayunas. – Dijo con una siniestra risilla que confirió al rostro de Allegra un

aspecto bestial. – Así que imaginarás mi decepción cuando estando tan cerca iii Ella te arrebató de mí!!! – Gritó, a la vez que lágrimas negras y espesas le escurrían por las mejillas. ovidas por el inefable tormento del demonio, las almas de azufre gimieron al unísono y el aire se heló con los espectrales lamentos.

Lillu retrocedió lentamente. – ¿Quién? – Logró decir.

El demonio torció la cabeza. – “¿Quién?” Pregunta la brujilla inepta... Pues ¡Ella! ¡Ella que siempre cuida, que siempre vigila! – Rugió para luego reír burlonamente. – Pero te aseguro que ya no más... La Guardiana de Kitezha está encerrada como debe de ser, como siempre debió ser. – Entonces la mirada del demonio se endureció, todo signo de locura se desvaneció y se concentró de lleno en Lillu. – Pero nadie va interrumpirnos ésta vez. – Espetó pasándose la lengua por los labios. – Esta vez, saciaré mi apetito y me alzaré más fuerte que antes. Con tu magia, no habrá nadie que pueda detenerme. Al fin podré cobrar mi venganza. – Murmuró con la mirada perdida. – Pero primero, lo primero. – Avanzó lentamente hacia Lillu, saboreando cada segundo.

-□Lamento arruinarte la fiesta, pero ya pacté con otro demonio. – Le advirtió ella.

El demonio estalló en espasmódicas risotadas. – ¿Y? No hay placer más exquisito que servirse del platillo ajeno.

El sudor le escurrió a Lillu por la nuca, no sabía qué más hacer o decir. Los fantasmas se abalanzarían sobre ella a la menor provocación y si en cambio decidía quedarse ahí, el demonio terminaría lo que había empezado hace diez años. onscientemente Lillu se llevó una mano a la cicatriz en su mejilla. Al percatarse de ese pequeño gesto el demonio retorció los labios de Allegra, revelando sus amarillentos colmillos y se agazapó sobre sus cuatro extremidades. – Es una lástima, luego de diez años, esperaba una conclusión menos insípida. Con fuegos artificiales, explosiones de luz, la luna y el sol brillando en tus ojos... En lugar de eso, me encuentro con la misma niña petrificada de miedo. Bueno, al menos verás a tu hermano nuevamente, eso puedo asegurártelo. A veces, aún puedo oírlo gemir amargamente, ahogándose en sus penas.– Siseó, pasándose la lengua entre sus colmillos preparándose para devorar a su presa.

-□Hemos estado buscándote por todas partes. – Irrumpió de pronto una voz dulce y chispeante; desde la entrada de la sala de estar a espaldas de

Lillu.

-□No otra vez. – Rugió el demonio temblando de rabia.

-□Y parece que todos planeaban darse un festín sin nosotros. – Le secundó otra persona, que avanzó mirando de refilo a los fantasmas de azufre.

El demonio comenzó a brincar y azotar las manos furiosamente en el suelo. – No, no esta vez. No me iré sin ella, tendrán que arrancarla de mis entrañas ¡Brujas! – Siseó el demonio, con un hilillo de baba chorreándole hasta el suelo.

-□Me parece razonable. – Declaró la esbelta joven de piel azabache y ojos miel. – Si a Jezza no le molesta, claro. Para nada, Nico. – Respondió otra jovencita. – ¿Qué hay de ti Elo? Entonces el joven de aguzados rasgos se plantó junto a Lillu. – Ehm... Como ustedes quieran, aunque preferiría evitar lo que sea que involucre sus entrañas. – Titubeó, incapaz de controlar el temblor de su quijada.

Al verlo tan asustado, Lillu se paró de puntillas para rodearlo por los hombros y reconfortarlo. – Pedazo de tonto ¿Qué estás haciendo aquí? – Le riñó entre dientes.

Elo tragó saliva sin despegar la mirada del demonio. – En el desayuno, cuando los enfermeros se llevaron a Allegra, ella balbuceó algo sobre un demonio y luego te desapareciste entre clases. Supuse que estarías en problemas, así que busqué ayuda. – Señaló con la cabeza a Nico y Jezza.

Para sorpresa de Lillu, el demonio retrocedió de inmediato con los ojos abiertos de par en par y el cuerpo de Allegra contorsionándose frenéticamente; pues luchaba para resistir el súbito instinto de supervivencia que le urgía a abandonar aquél cuerpo. – Awww.

El amor joven, es siempre tan apasionado y frágil. Aunque, no voy a negarlo, ustedes dos son algo especial. – Se las arregló el demonio para hablar a pesar de los choques eléctricos que emitía el cuerpo de Allegra. – Él enfrentará todos los males del universo por ti, lo sé.

Pero tú Sinistre Cygnum, tú lo arrojarías al fuego sin pensarlo dos veces con tal de recuperar a tu hermano ¿Verdad? – Lillu estrujó los hombros de Elo más fuerte, entonces el demonio sonrió complacido. – O quizás me

equivoco. Quizás, darías cualquier cosa por antenerlo a salvo. – El demonio soltó un burlón resoplido al ver que Lillu no respondía nada. – Bueno, esto es sencillamente delicioso. Ni tú misma lo sabes. – Gruñó agazapándose nuevamente, esta vez con la vista puesta en Elo; al tiempo que los huesos de Allegra crujían fuertemente. – ¿Qué te parece si lo averiguamos ahora mismo? – Entonces los brazos de Allegra se rompieron y adquirieron la forma de un par de cuchillas curvas, y enfurecido se abalanzó sobre Elo.

De inmediato Nico y Jezza se apostaron frente a Lillu, pero el demonio siendo tan astuto y anciano como era; logró esquivarlas sin siquiera darles la oportunidad de atacarlo; impotentes, el par de brujas apenas sintieron una gélida brisa que las pasaba de largo. En cambio, el demonio prácticamente podía saborear la sangre de Elo en su boca; pero cuando alzó el par de cuchillas, se topó con los ojos de Lillu emitiendo un fulgor dorado y pequeños remolinos de plata encendidos alrededor del iris; el brillo forzó al demonio a cerrar los ojos y cuando volvió abrirlos, descubrió que Lillu había echado a Elo detrás de ella para protegerlo. – No. – Musitó ella, extendiendo su mano con la palma abierta de frente al demonio. Entonces el monstruo se quedó flotando en pleno aire y cuando Lillu bajó su mano, el demonio quedó clavado al piso; incapaz de moverse.

-□Atacarlo fue un error. Mi Ama me ordenó proteger a este humano. – Habló el Demonio con su voz de trueno a través de Lillu. – Por otro lado, estoy en deuda contigo. De no ser por ti, Sinistre Cygnum no habría permitido que nuestras mentes se fundieran por completo; así que gracias. El demonio se agitó violentamente en el suelo intentando librarse de la fuerza invisible que lo mantenía anclado. – De nada, disfrútalo mientras puedas. Ambos sabemos que toda su magia no será suficiente para compensar tu debilidad. – Gruñó, con las manos temblorosas, enterrando las cuchillas en el piso. Estaba a punto de librarse, a pesar de que el Demonio estaba haciendo acopio de todas sus fuerzas para someterlo.

-□Tienes razón, pero te prometo que nuestra magia si lo será. – Intervino Nico. –Debo advertirte que no importa a dónde vayas, tengo tu rastro. Te encontraré. – Le advirtió la joven en uno tono tan alegre que casi sonaba a canción, pero al demonio la idea no le divirtió en lo más mínimo. – Si no liberas a Allegra... Bueno, no tendré que buscar tan lejos ¿Entiendes lo que digo? El demonio se debatía entre salvar su pellejo o lanzarse sobre su anhelada presa; y de improviso el cuerpo de Allegra quedó de puntillas con la espalda suspendida hacia atrás y el cuello rígido. – Otra vez será, Sinistre Cygnum. – Se despidió el demonio. – Allegra inclinó la cabeza hacia el techo con la boca abierta y de ella surgieron millares de

renacuajos oscuros que sacudiendo sus colas ascendieron hacia una mancha viscosa que goteaba del techo; cuando no hubo más animalejos la mancha se contrajo y desapareció.

Al instante los huesos de Allegra se fundieron de vuelta a su forma original, en medio de un espantoso grito de dolor, hasta que la pobre chica cayó inconsciente. Al verla tan indefensa y desencantada de la vida, el primer impulso de los espíritus de azufre fue el de arrojarse encima.

Entonces Jezza se irguió ferozmente. – Saben, yo tampoco he comido nada. – Espetó la joven, abriendo su boca hasta dislocarse la mandíbula; dejando colgar su lengua ennegrecida que se iba extendiendo de forma similar a la de un camaleón.

Inmersos en un grito ahogado, los fantasmas se esfumaron. Jezza contrajo su lengua y reacomodó su quijada, todo lo hizo sistemáticamente por lo que a Lillu le dio la impresión de que había hecho aquello por lo menos un millón de veces antes.

-¿Estás bien Lillu? – Se volvió Elo angustiada, acunando el rostro de Lillu entre sus manos. – Por favor, respóndeme. – Suplicó la joven, al notar mirada ausente de Lillu.

Lillu entornó los ojos y el mágico brillo desapareció; su expresión se nubló brevemente, como si por un segundo su mente se hubiese vaciado por completo. – Tú sabías... – Comenzó a decir en voz tan baja que por un momento Elo temió que estuviera en estado de shock, hasta que se le fue encima a golpes. – ¡No me dijiste nada! ¡¿Por qué no dijiste nada?! Eres un mentiroso.

Elo suspiró aliviada. – Antes que nada: Auch. Y segundo: De nada Lillu, es un placer. – Agregó en tono sarcástico.

Lillu oprimió la quijada. – Crees que debería darte las gracias, ¿Por qué exactamente? ¿Por ponerte en peligro de la manera más estúpida posible? ¡Gracias! O zás ¿Por ahuyentar al demonio que he buscado durante los últimos diez años de mi vida? ¡Gracias Elo! ¡MUCHAS GRACIAS! El joven visiblemente molesto e indignado, abrió la boca para defenderse, pero Jezza lo interrumpió. – No es que quiera arruinarles el momento, pero tu abuela está esperándonos en la oficina de la nueva Rectora.

Lillu frunció el ceño. – ¿Rectora, de qué hablas? Elo respiró hondo y se armó de paciencia. – Pasaron muchas cosas mientras estuviste aquí encerrada. Y por cierto, solo me gustaría señalar que acabas de hablar como si fueras el “Exorcista”; así que realmente no creo que la Rectora debiera estar en tu lista de prioridades ahora mismo. – Respondió Elo, a la

vez que se hincaba junto a Allegra para cargarla entre sus brazos. – Te contaremos todo. – Le aseguró a Lillu al ver la mirada furiosa que estaba lanzándole. – Bueno ellas te contarán todo; yo en realidad sólo soy la “mascota del equipo” y eso por accidente. Aunque mejor dicho, no tanto accidente como coincidencia, si eso es, una feliz coinci... – Lillu lo miró con ambas cejas levantadas, como hacía siempre que se exasperaba con su parloteo. Elo aclaró la garganta. – OK, versión corta. Yo soy un simple mortal y el resto te lo explicaremos en el camino, porque tenemos que irnos antes de levantar sospechas.

-¿Sospechas? Tal vez tú no lo has notado. Pero destruí la sala de estar y algo me dice que los enfermeros y el Director Dante, si que van a notarlo. – Replicó Lillu. ico se rió. – No te preocupes, los “amigos” de Jezza se encargarán de las cámaras, y los doctores creerán que tuviste un ataque sicótico o algo provocado por tantas horas de encierro. O que los muebles salieron volando inexplicablemente o algo. Francamente, Elo tiene razón. Tenemos problemas más gordos de que preocuparnos.

-¿Por el escándalo que armaste toda la noche, lo del ataque sicótico no será difícil de creer. – Terció Jezza burlonamente.

Entonces todos comenzaron a caminar hacia la puerta excepto Lillu, por lo que nuevamente se detuvieron.

-¿Ahora qué? – Preguntó Jezza a punto de perder los estribos.

-¿Eso que hiciste con la lengua... – Respondió Lillu.

Entonces Jezza y Nico abrieron la boca sin saber qué responderle.

El pobre Elo suspiró resignado. – Vamos a necesitar un pasillo mucho más largo.

LA ABUELA RODEADA DE DEMONIOS.

La Abuela Elena estaba sentada con la vista clavada en la caja fuerte detrás del escritorio del difunto director Dante, recorría el borde de la taza de té que la Doctora Bibi le había ofrecido hace unos minutos cuando la había encontrado esperando afuera de la oficina. Entre los lloriqueos y las lúgubres algarabías que suceden a la muerte de todas las personas, nadie

notó lo feroz que el ambiente se tornó cuando esas dos regias damas se hallaron frente a frente. Bárbara que no había cesado de dar vueltas por todo el sanatorio dando instrucciones, haciendo llamadas, improvisando simultáneamente palabras de agradecimiento y de condolencias; se paró en seco en cuanto vio los grandes ojos de Elena brincando con impaciencia. A su vez, la Abuela Elena se maravilló de la grandiosa autoridad que emanaba de aquella mujer; con su larga trenza castaña contoneándose en su espalda, vestida con pantalones de lana beige y su bata impecablemente blanca, un celular en una mano y un portapapeles digital en la otra. Ambas se tomaron un momento antes de sonreírse e intercambiar cortesías, ninguna de ellas se conocía formalmente, salvo por las historias que Lillu les había contado a una sobre la otra y el ocasional saludo breve e impersonal que intercambiaban cuando Elena visitaba a su nieta. Sin embargo, al entrar a la oficina, a pesar de los casi treinta años de diferencia, ambas parecían ser viejas amigas de la infancia reuniéndose a tomar el té.

Perdone usted el desorden. – Se disculpó la Doctora Bibi, sorteando las cajas esparcidas por todo el piso. – Me apena admitirlo pero soy un poco supersticiosa, apenas entré a la oficina me dispuse a enviar las pertenencias del director a su familia. Tristemente ha sido más difícil de lo que pensé, a su ex esposa e hijos poco o nada les importa y prácticamente he tenido que rogarles para que recibieran sus cosas porque el viaje hasta “Éste pueblo perdido” no les merecía la pena. – Agregó apenada, al tiempo que rebuscaba entre las gavetas del escritorio y las cajas, el legendario juego de té que el director Dante ofrecía a sus invitados. – ¡Al fin! – Exclamó complacida cuando cerca de la caja fuerte halló un compartimiento con bebidas, copas de cristal, una complicada máquina de café de grano, y la cajita de cristal en la que guardaba exóticos tés.

La tetera, las tacitas, la azucarera; todo era de porcelana negra y tan brillante como espejo. Mientras observaba a la nueva Rectora preparar el té, Elena tomó asiento en una de las cajas grandes apostadas en el centro de la oficina, cerca del escritorio. Las sillas estaban cubiertas en sábanas blancas y aunque Bárbara había empezado a removerlas, a Elena se le antojaba demasiado morboso sentarse en esos muebles que parecían guardarle un luto todavía muy fresco al antiguo dueño.

-□Té de ashwagandha. – Remarcó la Rectora sacudiendo una bolsita en forma de pirámide que había hallado en la cajita de cristal. – Es muy bueno para los nervios. – Elena asintió gentilmente pero en realidad no le estaba prestando demasiada atención, había algo en la oficina que le provocaba malestar.

upuso que se debía a que el director había fallecido en ése lugar hace unas cuantas horas, y a que había tenido la mala suerte de presenciar en la carretera el terrible accidente automovilístico del viejo profesor de historia del instituto. "Y apenas comienza" pensó recorriendo las perlas de sus collares nerviosamente, era inevitable, la muerte seguía doquiera que Lelouch Castilleja se posaba.

El agudo timbre del microondas la despertó de sus cavilaciones.

-□Aquí tiene. – Dijo Bibi, entregándole a Elena una taza de té. – Espero que no esté muy caliente, estos días para operar cualquier aparato hay que saber de robótica. Así que mandé traer ese vejestorio de mi oficina. – Señaló con la cabeza el rústico microondas acomodado junto a la caja fuerte. – Tiene maña, así que unas veces termino con la lengua escaldada.

Elena rió. – Muchas gracias, pero en verdad no es necesario. Tengo nervios de acero a pesar de mi edad. Además he venido aquí a hablar sobre Lillu, y lo siento mucho por el director Dante pero honestamente, no se me ocurre porqué no acudí a usted antes. Lillu me ha contado cosas estupendas sobre usted. – Bibi se acomodó en el borde del escritorio para estar más cerca de la Señora Castilleja. – Supongo que está enterada del espectáculo que mi nieta armó ayer en el aniversario luctuoso de mi esposo y mi nieto.

Bibi esbozó una sonrisa de complicidad. – Todo el mundo está enterado Señora Elena, su nieta tiene una voz privilegiada. Pero me temo que ha tenido que rendir cuentas por sus travesuras, el Director Dante le hizo pasar la noche en aislamiento y aún queda aber qué tienen que decir los "Bogatyr" al respecto. – Bromeó pero Elena frunció el ceño.

– ¿No les ha dicho? Bien, como sabe tratamos de impulsar a los pacientes a adoptar distintas formas de terapia; ya sea pintura, escritura, escultura, música; lo que sea que les acomode más. Y Lillu ha formado un grupo de rock con tres de sus compañeros; se llaman los "Bogatyr". No he tenido oportunidad de verlos actuar, pero los he escuchado por separado y los cuatro son bastante talentosos. – Elena acercó el té a su boca, tenía un aroma fuerte pero agradable. Al final no lo bebió y colocó suavemente la taza de nuevo en el plato.

– ¿Pasa algo? – Inquirió Bibi.

-□Los llamó "pacientes", el Director Dante siempre se refería a ellos como

“alumnos”. – Espetó mirando a Bárbara fijamente a los ojos.

-□Lo sé, pero me da la impresión de que usted prefiere que las cosas se llamen por su nombre y con todas sus letras. – Respondió sosteniendo la mirada de Elena, sin llegar a ser altanera.

-□Es verdad. – Reconoció Elena, no se había dado cuenta de ello hasta ahora pero lo cierto es que siempre había detestado los esforzados modales del antiguo director. – De cualquier modo, de lo que he venido a hablarle es precisamente de las amistades que mi nieta frecuenta. Me preocupa la actitud que ha adoptado con sus padres, y créame sé que está mal no preguntarle a ella directamente, pero ya sabe cómo son los adolescentes... Nos dicen todo lo que queremos oír menos la verdad.

Comprendo. Pero no tiene nada de qué preocuparse Señora Elena. Los chicos de las Cinco Bolgias no tienen contacto con los pacientes de las Bolgias superiores, – Se distrajo un momento al recordar a Elo, pero no consideró oportuno mencionárselo a la Señora Castilleja, después de todo estrictamente hablando estaba diciéndole la verdad. – Además le aseguro que se trata de lo contrario, ellos han influido a Lillu maravillosamente. La hacen olvidar ¿Sabe? Cuando está con ellos no está en un sanatorio ni está rodeada de doctores... Es como si de pronto dejara de castigarse por lo sucedido con su herma- La puerta de la oficina se abrió y una enfermera irrumpió intempestivamente.

-□Rectora Bárbara. – Espetó la joven enfermera visiblemente alterada. – Ha surgido un incidente en la enfermería de la Quinta Bolgia que requiere de su inmediata atención. – Dijo en tono apremiante, señalando discretamente con la cabeza a Elena.

La Rectora comprendió de inmediato, únicamente Lillu podría provocar tal expresión de pánico entre el personal de la Quinta Bolgia. – Uhm. Señora Elena permítame unos momentos. – Se disculpó nerviosamente al tiempo que cogía su portapapeles digital para entregárselo a Elena. – Mire, aquí están los historiales de los “Bogatyr”: Elo, Jezza y Nico. Sé que es en contra del reglamento pero no puedo hacer nada si salgo de mi oficina y usted decide husmear en mi ausencia ¿Verdad? – Le guiñó un ojo y salió apresurada tras la joven enfermera. Elena suspiró al hallarse sola en la macabra oficina, colocó la taza de té sobre el escritorio y se puso manos a la obra con los historiales de los “Bogatyr”, sintiéndose optimista. Lelouch siempre había sido muy artístico y talentoso, pero sobre todo vanidoso; no se resistiría a formar parte de un grupo musical. Si Lelouch andaba en

pos de su nieta, sin duda era uno de los "Bogatyr".

Le tomó a Elena alrededor de veinte minutos leer los historiales completos y beberse el té ya frío otros diez... Pero la Rectora Bárbara no regresó hasta casi media hora después de que el fantasma sepia del Director Dante arrojara contra las paredes a su amado juego de té; en un desesperado intento por comunicarle a Elena que su muerte no había sido un accidente. Elena oyó un susurro maligno llenar el silencio de la oficina y giró en redondo para ubicar a la presencia que luchaba por hacerse notar, sin embargo, fue incapaz de hablar con el infeliz fantasma; ella era descendiente de los "Hijos del Sol", no podía hablar con los muertos. Exasperado, el agrio fantasma sacudió las sábanas que cubrían sus muebles, arrojó furiosamente algunas de las cajas y al fin se marchó.

- "Pobre director Dante." - Pensó el apuesto profesor de historia que espiaba la oficina sin atreverse a revelar su presencia a la Señora Castilleja. - "Si hubiese esperado unos minutos más hubiese podido hablar con el "Hijo de la Luna" más poderoso que ha existido desde nuestro amado Lully." - Acto seguido propinó un beso en la frente a Elena.

¿Lelouch? - Preguntó Elena sobresaltada, llevándose una mano a la frente. Pues de pronto le sobrevino una horrible jaqueca. - Lully, si eres tú, te pido que dejes a mi nieta y hables conmigo. Por los viejos tiempos ¿Qué dices? Nada, excepto una molesta presión en sus oídos que se detuvo en el instante preciso en que el Profesor oyó a su Ama llamándolo. Supo entonces que debía acudir a ella, pero si lo hacía la magia de Lillu reaccionaría a su presencia; sino era cuidadoso la Abuela Elena y las otras brujas que habitaban en el Castillo Malebolgé, podrían fulminarlo sin problemas en el estado tan deplorable en que se hallaba ahora mismo; no era ni la sombra del magnífico demonio que una vez había sido. Encima, tampoco deseaba arriesgarse a provocar el despertar de Lelouch Castilleja; recordaba demasiado bien que la sutil malicia de ése "Demonio de Ojos negros", era el temor de los verdaderos demonios encarcelados en las profundas aguas de Kitezsh.

"Puedes tener mi nombre." - Recordó el Profesor, las primeras palabras que Lelouch había cruzado con él. - "Pagarás por esto demonio, ambos lo harán" - Le había advertido la Guardiania de Kitezsh, antes de su triunfal escape. Desde entonces, ese rostro maravilloso lleno de odio, lo acosaría a través de los años; sin importar cuantas almas devorara, esperando en secreto, poder borrarla de su corazón.

-□Mi dulce Ira, se acerca el día en que tú y yo habremos de encontrarnos nuevamente. – Pensó el Demonio, cuando de repente sintió sus entrañas abrirse como una herida ardiente. Sinistre Cygnum, estaba llorando.

HISTORIALES.

La Abuela Elena estaba acomodando las cajas de vuelta a su lugar, cuando la Rectora Bibi entró a la oficina seguida por los cinco pacientes que habían causado estragos en la enfermería de la Quinta Bolgia. Al entrar, la reacción de Bibi fue de incredulidad; todo indicaba que en aislamiento la abuela era tan peligrosa como la nieta; la oficina estaba hecha un verdadero desastre, las cajas de cabeza, las sábanas regadas por doquier, incluso la caja fuerte estaba abierta.

-□Yo lo siento, no sé que me pasó. – Se disculpó la Abuela Elena, aunque en realidad no sabía qué historia podía inventarle a la Doctora Bárbara que justificase todo el desorden que el fantasma del Director Dante había dejado.

Fue entonces que Elo detectó la misma expresión de angustia encantadora que Lillu adquiriría cuando se hallaba en problemas. – ¿Qué es ese olor? – Inquirió haciendo una leve mueca de desagrado. – Huele al té del director. – Resopló, mirando con ojos acusadores a Bibi. – Sirve para calmar los nervios, pero también para sedar a las personas. – Espetó acercándose a Elena para ayudarla a sentar. La Abuela se sentía perfectamente pero el muchacho hablaba tan rápido que no le daba tiempo de contradecirlo. – Es un milagro que esté en pie Bibi, para una señora de su edad... – Elena torció los labios para rezongar pero él le oprimió los hombros.

Gracias Elo, pero sé perfectamente las cantidades en que debe administrarse el té. – Respondió Bibi ocultando lo divertido que le resultaban los intentos de Elo por encubrir a la Señora Castilleja.

Entonces Elena comprendió lo que el apretón de hombros significaba y decidió seguirle la corriente al muchacho. – En realidad ha sido culpa mía Bárbara, es que esperé tanto tiempo que se me hizo fácil abusar de tu hospitalidad y creo que me serví más tazas de las debidas.

-□Ajá. – La Doctora asintió sonriendo. Su mentira era tan creíble como la historia que “Los Bogatyr” habían ofrecido para explicar la destrucción de la enfermería: Descifrar el código de la puerta principal para entrar a ayudar a Helena y a Allegra cuando caminando por el pasillo casualmente habían oído el estruendo del cristal rompiéndose de manera misteriosa (porque de seguro ya estaba tocado); y otro montón de tonterías que

Bárbara había pretendido creer únicamente porque sabía que el verdadero culpable era el descuidado enfermero... Y también porque no los quería indagando tan temprano en el juego.

– Eso explica el juego de té que rompió mientras intentaba prepararse la última taza; las sábanas y las cajas que tiró cuando se mareó y hasta la caja fuerte que se abrió misteriosamente mientras buscaba a qué asirse cuando el té empezó a hacerle efecto ¿Verdad? – Elo y la Abuela Elena intercambiaron miradas, la imaginación de ambos tenía sus límites pero la de Bárbara no lo parecía. – Bien, pues entonces no hay de qué preocuparse. Al contrario me ha ahorrado la llamada al técnico para abrir ésa bendita caja. – Dijo rodeando el escritorio para char un vistazo al interior de la caja fuerte. Mientras que todos la observaban confundidos. – Bueno Lillu, tu abuela va a pensar que no les enseñamos buenos modales. – Rompió la extraña tensión que había en la estancia. –¿No vas a presentarle a tus amigos?

– Ah, claro. – Respondió Lillu secretamente emocionada, mientras que Elo caía en la cuenta de que estaba tratando a la Señora Castilleja con demasiada familiaridad y se regresaba al lado de Helena. – Abuela estos son mis amigos del sanato...Del "instituto". Tenemos una banda juntos. – Con la cabeza señaló hacia su izquierda. – Ella es Nico, la baterista. – Mejor conocida en el bajo mundo como la "Sabueso del Infierno", si algún día pierdes un demonio, ella lo encontrará entre los confines del universo. Su familia tiene la misión de ahuyentar a todos los demonios que habitan en la tierra. Repitió Lillu para sí.

– Encantada en conocerla Señora. – La saludó Nico con un cálido beso en la mejilla que cogió a Elena por sorpresa. Era una jovencita muy dulce y extrovertida, dotada de un aire dinámico en sus ademanes; vestía un blusón blanco de lunares, mallones y largas botas negras.

Elena correspondió el cariñoso saludo. – El placer es todo mío. – Nicolassa Dobrí Escudero. Edad: 18 años. Bolgia I, ingresada hace cuatro años por "Un caso atípico de sinestesia". Vincula grafemas con sabores, ve colores cuando escucha música y afirma captar el aroma de criaturas demoníacas. Su canción preferida es "In A Gadda da Vida" que dice que las notas del solo de batería saben a frutos rojos y se escuchan de color púrpura. Recordó la Abuela Elena, complacida por su excelente memoria.

Después Lillu le indicó a Jezza que se acercara. – Ella es la violinista del grupo. – Descendiente directa de la bruja "Baba Yaga", devora las almas que se rehúsan a marcharse de nuestro mundo, aunque trata de evitarlo en medida de lo posible porque según ella le molesta absorber las memorias de los fantasmas. Su familia ha sido encomendada con la misión de mantener el equilibrio entre los muertos y los vivos... Así que

todos aborrecen a Lelouch Castilleja. De hecho creo que nos odian a todos nosotros.

-□ Buenas tardes señora, yo soy Jezza. – La saludó con un cortés y distante apretón de manos.

La abuela sonrió al notar lo similares que eran sus vestimentas; Jezza llevaba una blusa blanca y una larga falda de color verde limón que le confería un aspecto gitanesco; y encima de todo, había algo de anciana en esa jovencita de modales distinguidos; en su carácter fuerte y la seguridad inquebrantable que denotaban sus ojos pardos. Jezzinka Pillan.

Edad: 17 años. Bolgia III, ingresada hace seis años al ser diagnosticada con esquizofrenia infantil. Suele hablar en diferentes tonos, lenguas y dialectos; afirma ser acosada por entidades de color sepia. Puede tornarse irascible ante ciertos olores similares al azufre.

Sueña con algún día mudarse a Italia y asistir al conservatorio estatal de música "Fausto Paggani". – Buenas tardes Jezza. – Respondió Elena estrechándola cariñosamente con ambas manos.

Y ésta es Allegra. – Continuó Lillu, empujando a Allegra hacia al frente. Una biblioteca andante. Conoce cada historia, canción, fábula y leyenda contada o escrita por la humanidad. Durante generaciones su familia ha resguardado las crónicas de lo que ellos denominan: "Las Familias Ancestrales" ¡Incluyendo la nuestra! Ah, me olvidaba hace cuestión de horas fue poseída por el mismo demonio que asesinó a Lucio.

-□ Hola. – Saludó Allegra, con la expresión impávida que la caracterizaba.

Elena tragó saliva ansiosamente, su nombre no se hallaba entre los expedientes que Bárbara le había dejado ver y aquella jovencita presentaba un aspecto verdaderamente alarmante: Bata blanca de hospital cubierta con una sudadera negra demasiado grande para ser suya, probablemente Elo o Jezza (que eran los más altos) se la habían prestado. Toda ella parecía neblina y su cabello eléctrico rosa no hacía más que acentuar las grandes ojeras que enmarcaban su pálido rostro ¿Podría ser Lelouch? No ¡Demasiado obvio y famélico para mi fantasma devorador de pizzas! – Hola Allegra. – Le dedicó una cordial sonrisa que apenas y fue correspondida con un apagado asentimiento de cabeza.

-□ Bien, ya los conoces a todos abuela! Ahora dime ¿A qué has venid...? – La interrumpió un fuerte carraspeo detrás de ella. – Ah sí, éste es Elo. – Repuso Lillu de mala gana. Un mentiroso y traidor que a pesar de saber

sobre la historia de mi familia, de lo que Allegra ha estado enseñándome y lo que aneaba hacer en el pantano; decidió que era mejor no contarme sobre Jezza y Nico.

-□Es un placer conocerla al fin Señora Castilleja, Lillu me ha contado historias increíbles sobre usted y el Abuelo Luca. – Estrechó Elo las manos de Elena.

Tenía un agarre demasiado firme para sus manos tan largas y finas. – El pianista del grupo supongo. – Dedujo la Abuela Elena en tono pícaro.

-□También guitarrista y ocasionalmente vocalista. – Agregó Elo sonriendo orgullosamente.

A Elena le agradó de inmediato; le parecía que tenía una sonrisa honesta. No era exactamente el adonis que había imaginado para su nieta; de hecho la playera blanca, los tenis y los pantalones de mezclilla negros lo adelgazaban más de lo necesario; tampoco era fanática de la desordenada maraña en su cabeza rematada con el ridículo sombrero de bombín. Sin embargo sus ojos verdigrises le conferían una especie de luz a su gentil semblante; evidentemente era un alma serena, todo lo contrario a lo que Elena esperaba por su historial; recordó con un hueco en el estómago. Elías Caballero Múrom. Edad: 20 años.

Internado hace siete años en la Bolgia VIII, trasladado apenas el año pasado a la Bolgia V, Elena pasó saliva, las fotos que había visto en su archivo eran lastimosas. Marcas profundas en las muñecas y brazos; y su espalda y torso estaban prácticamente descarnados. Canción favorita "Smile" de Charles Chaplin. Elena no pudo contener más la compasión que el jovencito le inspiraba y lo abrazó afectuosamente. Uhm...Ok... – Balbuceó Elo sin saber qué hacer, suplicándole a Lillu con la mirada que lo ayudara. Entonces Lillu se acercó a ellos y rompió el abrazo.

-□Pues sí, éste es nuestro buen Elo. – Exclamó un poco avergonzada por la efusividad de su Abuela. – Mi amigo.

-□Su novio. – Repuso él, atropellando categóricamente la respuesta de Lillu.

La abuela Elena comenzó a dar de saltos emocionada. Era el primer novio

de su nieta.

El rostro de Lillu se puso de todos los colores. – “Cuasi novio” – Se apresuró a corregirlo.

-□Novio. – Afirmó él otra vez.

-□Sí, bueno es complicado, considerando las circunstancias. Con el sanatorio y todo lo “demás”. – Gruñó Lillu, enojada. Recordándole a Elo que aún no terminaban de discutir sobre las mentiras que había estado contándole o más bien, las mentiras que no le había contado; eso era lo que más la molestaba, él sencillamente se había callado, por lo que estrictamente hablando no la había traicionado. Pero, tampoco le había dicho la verdad... Era complicado. No, no lo es. – Respondió Elo, mirándola con aire molesto.

Ambos tenían razón.

-□Está bien. – Intervino la Rectora. – No hay necesidad de entrar en detalles, la Señora Castilleja únicamente quería conocer a los amigos de su nieta. – Espetó al atrancar rudimentariamente la puerta de la caja fuerte con un pedazo de cartón que había arrancado de las cajas. – Ahora si me permiten, me gustaría mucho conversar con ella a solas.

Allegra y los “Bogatyr” asintieron en gesto de despedida, se dirigieron a la puerta y salieron de inmediato. Únicamente Elo permaneció en la entrada esperando Lillu.

-□Me dio mucho gusto verte abuela, por favor dile a papá que lamento mucho lo de ayer.

-□No te preocupes, tengo que arreglar algunas cosas, pero vendré por ti en un par de semanas y ya habrá tiempo para que hablemos todos sobre lo que pasó en el pantano. Mientras, ¿Qué debo decirle a tu mamá? – Preguntó Elena esperanzada, pero Lillu sencillamente sacudió la cabeza y salió como tempestad de la oficina.

-□Lillu espérame, tenemos que hablar! – Gritó Elo al cerrar la puerta tras de sí.

Elena suspiró afligida. Todos esos jóvenes parecían tener más que suficiente sobre sus hombros, odiaba imaginar que encima tuvieran que lidiar con los caprichos de un fantasma. – Ha dejado un agradable aroma el té ¿Verdad? – Comentó, aspirando el olor dulce que impregnaba la habitación.

Bibi arrugó el ceño. – De hecho ese té tiene un olor muy penetrante, tanto que su nombre significa “aroma de caballo”. – Luego levantó la barbilla para apreciar mejor el aroma. – A mí me parece que a lo que huele, es más como el vino, y a otra cosa, como a especias o pizza ¿No cree usted? – Inquirió fascinada, pero Elena tenía los ojos abiertos de par en par y aferraba su bolso nerviosamente entre las manos. – Señora Castilleja ¿Está usted bien? Elena asintió, aunque estaba lejos de hallarse bien. No podía creer lo torpe que había sido al no caer en la cuenta de ése aroma que se había grabado en sus sentidos tantos años atrás. “El Señor Brujo, huele a vino y especias”, le había indicado el fantasma de Petrus Sunce en aquel entonces. Lelouch Castilleja había estado en la oficina, descaradamente frente a sus narices y ella no se había percatado. Y lo peor era que aún ahora, no tenía la menor idea de quién de todos esos desdichados jóvenes, era el nuevo disfraz con el que él deambulaba tan libremente entre los vivos.

HORA DE CENAR.

Aliviado por haber escapado ileso de Elena Castilleja, de las dos pequeñas brujas y de su breve encuentro con el otro demonio que lo superaba en edad; sintió el impulso de conocer más sobre su nueva Ama; así que el nuevo profesor de historia se apresuró a encontrar la habitación de Lillu Castilleja Sova. Además, había sido un día largo y atareado para el demonio que no se acostumbraba a pasar las horas ocupado en las tareas míseras y aburridas que conllevaban la fachada que él mismo había elegido para la ocasión: Fraternizar con el cuerpo docente del sanatorio, asistir a la ceremonia de despedida del Director Dante y del pobre Profesor Mompello, ocuparse del papeleo pendiente... ¡El bendito papeleo le parecía interminable! Era sencillamente obscena ésta nueva manía humana por registrar su existencia entera en formularios y contratos, el demonio esbozó una leve sonrisa ¿Acaso no habían sido ellos mismos quienes enseñaron a los humanos a negociar el precio de sus almas? Tan fascinadas estaban las criaturas que hoy día no concebían sus vidas sin “contratos” que las rigieran.

El demonio se paró en el centro de la habitación, examinándola como lo haría alguien corto de vista. En cuanto a forma no le pareció distinta de

las otras habitaciones en la Quinta Bolgia; techo bajo, sórdida, sombría y sin ventilación. Sin embargo la atmósfera estaba impregnada por el mismo magnetismo que lo había atraído hacía Lillu aquella mañana, solo aspirar el dulce olor del sauce quemado que corría en las venas de la joven lo hacía estremecer. En la esquina vio una cama de hierro, en otro extremo un mueble negro con varios compartimentos, con una máquina de escribir y un fonógrafo encima; recargadas descuidadamente tras la puerta estaban una guitarra Gibson J-200 de color blanco y una piphone Riviera color vino. – La Luna mortal se levantará pronto al son de éstas mismas cuerdas. – Dijo sin dirigirse a nadie en particular. Suspiró y se dejó caer sobre la cama, abrazando el payasito de porcelana.

La última campanada del día resonó de pronto, marcando las ocho en punto, avisando que la cena pronto sería servida. El demonio entonces cerró los ojos y escuchó.

Los berridos de la Décima Bolgia, las ratas vagando en las paredes del castillo, los gusanos alimentándose en las fosas secretas del sanatorio, las televisiones encendidas en la Torre Principal donde residían los catedráticos que apenas regresaban al refugio de sus alcobas, el agua que corría en las tuberías viejas, las palomas posándose en el campanario de la vieja catedral de Malebolgé, el rumor de los árboles al sacudir sus hojas; no fue hasta que oyó el motor de los automóviles en la carretera que se dio cuenta de lo mucho que se había desviado y entonces de nuevo afinó su oído. Al principio captó las miles de voces superpuestas provenientes de la sala central, los platos y cucharas chocando entre sí, el borboteo de la sopa hirviendo en la cocina, los comensales acomodándose en sus sillas, los enfermeros paseándose entre las mesas al pendiente de cualquier revuelta que pudiese estallar; cuando de pronto ubicó la única voz que le importaba.

Era tan indescriptiblemente clara y bella. No era suave ni dulce, tampoco refinada o empática; era como leña ardiendo en una fogata, pacífica al quebrarse pero siempre podía intuirse el rugido del fuego. Había tanta ira, tanto rencor y odio... Se le hacía agua la boca al demonio.

Bueno, esto si tiene que ser un record. – Exclamó Lillu, mientras servían en la mesa leche fresca y pan blanco. – Dos muertes en menos de veinticuatro horas y al final del día ¡Tadá! Bibi es la nueva Rectora del Instituto Malebolgé. Increíble la suerte que tienen algunas personas. – Espetó mordaz llevándose un trozo de pan a la boca.

-□Yo creo que dadas las circunstancias, la suerte no ha tenido nada que ver. – Intervino una voz más madura y razonable. Jezza.

El demonio tensó la mandíbula y contó para sí: "Uno."

-□Tienes razón, parece más bien una especie de augurio de todo lo que está por venírseos encima. – Agregó Nico, mientras le servían la sopa en el plato.

El demonio continuó enumerándolos: "Dos..." Allegra entonces hizo a un lado su plato para indicar que no deseaba merendar. – Todo lo que pasó hoy, no es consecuencia de la magia que Lillu conjuró en el pantano, sino del Pacto con el demonio. – "Tres." El demonio había presentido peligro cuando oyó a Allegra al otro lado de la puerta en el cuarto de aislamiento, en parte era por eso que había decidido esconderse; pero tres de las Familias Ancestrales bajo el mismo techo era de no creerse, y para rematar la mismísima Elena de Castilleja había decidido visitar el sanatorio. Lillu tenía razón, era increíble la suerte que tenían algunos. illu se atragantó con la sopa. – Allegra, ¿Estás insinuando que yo soy culpable de las muertes del director y del profesor de historia? – Respondió molesta.

Elo, que estaba sentado a su lado, tomó con suavidad la mano de Lillu. – Creo que a lo que Allegra se refiere, es que los demonios parecen tener el mal hábito de anunciar su presencia de maneras un poco drásticas ¿No? – Espetó en tono conciliador y Allegra asintió.

Jezza suspiró, Lillu a veces le resultaba demasiado melodramática. – Puedes verlo como quieras, la verdad es que despertaste el poder de tu sangre sin saber cómo controlarlo o cuál es su costo; es natural que los demonios, fantasmas y cualquier criatura mágica en la redonda, se sienta atraída por ti. Y ¿Adivina qué? En su desesperación están dispuestos a todo con tal de ganarse tu favor y probar un bocado de la magia que corre en tus venas; incluso matar a la gente que te cae mal.

-□Lo que me recuerda - Intervino Elo, apurando su vaso de leche, al tiempo que le pasaba su ración de pan a Lillu. – ¿Es normal que un demonio intente robarle el alimento a otro? Nico, Jezza y Allegra sacudieron la cabeza contundentemente.

Al oír aquello, el demonio se paró en seco y arrojó el payaso de porcelana a la cama para evitar hacerlo trizas entre sus manos; solo recordar que alguien había tenido la osadía de intentar robársela lo enfurecía. illu enarcó una ceja. – Sobre eso, ¿Por qué todos siguen llamándome "alimento"? Elo la miró consternado. – Ya sabes. – Lillu se encogió de hombros. – Por favor dime que sabes lo que "Pactar" con un demonio significa Helena, porque literalmente fue lo primero que le pregunté a Nico

y a Jezza, en cuanto me pusieron al corriente de todo.

-□Ah! Así que acudiste a ellas para ponerte al corriente. – Dijo ella airadamente.

-□¿Estás bromeando?! Lillu. Tuve que, cuando Nico me dijo que la Bolgia apestaba a demonio y que el aroma provenía de la enfermería; te lo habría preguntado a ti excepto que estabas demasiado ocupada cantando en el cuarto de aislamiento ¡La misma canción del pantano, por cierto! – Repuso con ironía. – Ya sabes, esa que hizo que estallaran los reflectores y aparecieran esas cosas nebulosas, cafés y apestosas... Por supuesto que quería platicar contigo, quería que fueras tú quien me hablara sobre esos fantasmas que tu canción despertó, quería ver si acaso eso te había procurado un poco de paz; si al final habías recuperado a Lucio, pero no lo hice porque ¡Tú no estabas en ninguna parte! Tú me mentiste a mí. Fuiste TÚ quien decidió pactar con este demonio sin decirme nada. Así que si, Helena, pensé que quizás podía ayudarte si las únicas dos personas que conocía que me habían hablado sobre algo remotamente parecido a lo que presencié en el pantano, me ponían un poco al corriente sobre tus planes de revivir a tu hermano y de paso me explicaban porqué Allegra (que incidentalmente también estaba en la enfermería) había estallado como squiciada durante el desayuno. Sin ofenderte. – Se disculpó rápidamente con Allegra y esta se limitó a asentir. – Pero ahora estás aquí, así que te lo pregunto ti ¿Sabes lo que pactar con un demonio significa? Lillu se ruborizó levemente, Elo siempre era tan nervioso que con frecuencia subestimaba su capacidad para tener razón. – No. No hubo tiempo para averiguarlo.

Todos clavaron las miradas en sus respectivos platos.

Excepto Elo que se cubrió la cara con ambas manos frustrado. – No puede estar pasando.

-□Oigan ¿Qué...? – Lillu le propinó una zape a Elo que no paraba de mascullar dramáticamente. – ¡Contrólate! No sé lo que significa pero si tengo una vaga noción de lo que implica. – Elo separó los dedos y la miró a través del hueco, como un niño viendo una película de terror. – El demonio será mi esclavo hasta que me ayude a recuperar a Lucio, entonces él devorará mi alma... Y por sus caras, también mi cadáver. Supongo.

Elo dejó azotar la cabeza sobre la mesa. – Porqué me molesto siquiera.

Jezza se volvió despacio hacia Allegra con mirada acusadora.

-□No me pareció importante. – Respondió Allegra. ntonces Jezza apoyó solemnemente ambas manos sobre la mesa. – Eso es tan sólo una parte Lillu. Verás toda la magia, incluso aquella que es nuestro derecho de sangre, tiene un precio. Tu sangre se ha mezclado con la del demonio no sólo para sellar el pacto... Tú podrás comandarlo y servirte de su poder para cualquier empresa que desees llevar a cabo.

Pero tristemente, eso significa que el demonio también se servirá de tu magia para alimentar su propio poder; mientras seas su "Ama", su poder dependerá enteramente de tu magia. Puesto de manera más simple: El demonio y tú son ahora una sola entidad. Son dos mitades que estarán separadas hasta que el demonio cumpla su promesa; entonces el Pacto se consumará y tu existencia entera será absorbida por él.

Sin dejar de masticar, Nico confirmó las palabras de Jezza. – Estarás consciente todo el tiempo, experimentarás hambre, frío, calor, tristeza, desesperación... Estarás encerrada dentro de él, incapaz de hacer o decir nada; y cuando la soledad o la envidia hayan consumido tu humanidad... Él te expulsará de sus entrañas transformada en un demonio hambriento.

Allegra asintió. – Así es como nacen los demonios.

El rostro de Lillu se desencajó. – O.K, eso no lo sabía ¿Por qué no me dijiste nada? Le preguntó a Allegra pero ella sencillamente inclinó la cabeza. – Dijiste que no te importaba el precio, ni las consecuencias. "Recuperaré a mi hermano, cueste lo que cueste." Fueron tus exactas palabras. La mandíbula del demonio se tensó, no le gustaba para nada el rumbo que estaba tomando la conversación.

-□Bien, en ése caso aún tengo esperanza. – Ahora todas las miradas se volvieron a Helena. – ¿No lo ven? Lelouch protegió a mi abuelo porque lo necesitaba para perpetuar su linaje. De seguro él no permitirá que ningún demonio me borre de la faz de la tierra.

Las escamas aparecieron en la piel del demonio.

-□Sólo tenemos que averiguar la manera de invocarlo. – Expresó Jezza,

llevándose un bocado de pan bañado de sopa a la boca.

-¿Sólo tenemos que invocarlo? – Espetó Elo entre dientes. – OK, sé que sólo soy la mascota del equipo, pero creo que invocar un fantasma de semejante calibre, no es cosa fácil. Mucho menos engañar a un demonio, un demonio que por lo que entiendo ahora puede leer los pensamientos de Lillu como si fuesen los suyos.

-¿Y? Yo también podré leer los de él ¿No? – Infirió Lillu con la boca llena.

Las escamas desaparecieron del rostro del demonio, puede que las cosas no fuesen del todo malas. Después de todo la nueva misión que su Ama se proponía, implicaba probar los límites de su verdadera fuerza como la única heredera de dos poderosos linajes. Pasó su lengua por los labios, en anticipación del delicioso banquete que resultaría de todo aquello.

Mientras el pobre Elo intentaba disuadir a Lillu de su cometido, Jezza y Allegra discutían los peligros que tendrían que enfrentar al invocar a Lelouch; mientras que Nico se mostraba más intrigada por cómo engañarían al demonio y Lillu solo quería saber cómo podrían rescatar a Lucio del infierno en que se hallaba prisionero; naturalmente los enfermeros y la servidumbre que retiraban sus platos los oían con expresiones de burla o de lástima. “Cómo harán para inventarse semejante sarta de estupideces.” Se repetían a sí mismos, cuando de pronto una enfermera inexperta no pudo contenerse y dejó escapar una risa despectiva; uno de sus compañeros le dio un codazo para que guardara más discreción.

Poco sabían que ya era demasiado tarde, la despreciable risilla había llegado a los oídos equivocados... Súbitamente la enfermera se desplomó gritando aterrada pues la había invadido la horrible sensación de que le vertían agua hirviendo dentro de sus oídos. La llevaron de inmediato a la enfermería ante las caras de asombro de “Los Bogatyr”, y para alivio de muchos de los otros comensales.m,

-¿Eso también ha sido obra de los demonios? – Inquirió Lillu a media voz.

-Es probable, aunque los fantasmas también son capaces de hacer algo

así, ninguno se atrevería a hacerlo en mi presencia. – Respondió Jezza.

Las tragedias no cesarán hasta que Lillu aprenda a controlar su poder, lo suficiente para someter a todos los que quieren ganarse su favor; y con el fantasma que estamos apunto de despertar, las cosas solo van a empeorar. – Agregó Allegra.

Nico, que seguía saboreando los colores magenta de la cena de Elo, se encogió de hombros. – No sé porqué se preocupan tanto. – Dijo plácidamente. – No todo es tan malo ¿No han oído los rumores sobre el nuevo Profesor de Historia del Arte? Tiene vueltas locas a todas las mujeres de la Torre Principal, y a uno que otro profesor. – Agregó en tono pícaro. – Dicen que es un tronco y que es una hermosura.

-¿En serio? – Quiso saber Lillu, sin esconder su emoción. – Bueno, si eso es verdad la clase de historia será más entretenida que antes.

Nico y Lillu rieron en complicidad, para disgusto de Elo y Jezza.

-¿Me parece que tenemos cosas más importantes que discutir que al nuevo Profesor de Historia. – Opinó Elo entre dientes. – Encontrar al demonio que atacó a Allegra y que tiene Lucio, por ejemplo.

Entonces Nico se enderezó y miró fijamente a Elo. – Soy la “Sabueso del Infierno” la cuestión ya no es encontrar a Lucio sino cómo llegar a él. Porque apenas ese demonio asome las narices por aquí, yo lo oloré venir. sí pues, “Los Bogatyr” continuaron disfrutando de su cena... Sin saber que en las aguas negras del Mar de Kitez h los demonios habían emergido con renovada excitación.

-¿¡Es hora del festín!“. – Bramaron desenfrenadamente mientras se abrían camino hacia la superficie.

Y la magnífica Ave del Paraíso yacía indefensa y pequeña, mientras todas esas monstruosidades la pateaban para sacarla del camino; dejándole saber que ya no significaba nada para nadie. Toda ella estaba despedazada, de su magnífico plumaje no quedaba más que un halo negro de cenizas que efervecía en un débil fuego azul antes de apagarse por completo; derrotada el Ave del Paraíso entonaba su nostálgica canción, pero era inútil, no había nadie que la escuchara antes y no había nadie

que la escuchara ahora.

-□Pagarán, todos lo harán. – Sollozó el Ave del Paraíso al contemplar sus plumas tornarse polvo; maldiciendo entre penosos alaridos el día en que su camino se cruzó con el de los Hijos de la Luna.

LAS MEMORIAS DE UN DEMONIO.

Al finalizar la cena, cinco filas se perfilaron al pie de la gran escalera del salón central, en donde cinco prefectos enfundados en blanco aguardaban para llevar a los pacientes de regreso a sus respectivas Bolgias. Lillu, Elo y Allegra, que residían en la Quinta Bolgia, esperaban ansiosos para conocer a su nuevo prefecto; sin embargo resultó que era la mismísima Rectora Bibi quien los guiaría de regreso, como lo había venido haciendo durante los últimos siete años.

Considerando el gran discurso que la Rectora había dado y lo rápido que se había adaptado a su nuevo rol (y a su nueva oficina), Elo se mostró suspicaz ante todas las extrañas “coincidencias” que habían sucedido desde que Lillu decidiera invocar a los fantasmas del pantano; por lo que se adelantó a la cabeza de la formación para hablar con Bibi.

– Doctora Bibi ¿Qué hace aquí? – La saludó con una animada sonrisa. – No debería estar bebiendo el té con los papás de los pacientes más ricos o recaudando fondos para el instituto; o poniéndose cómoda en su nueva habitación.

Si hubiese sido cualquier otro alumno, Bibi lo hubiera considerado impertinente pero Elo tenía un rostro dulce que denotaba siempre un interés sincero en sus palabras, por lo que Bibi sencillamente rió con suavidad. – Es Rectora. – Lo corrigió sin detener su marcha a través de las hélices de la escalera.

-□Cierto. Lo olvidé, “Rectora Bibi.” – Repuso Elo con una extraña firmeza.

La Rectora sacudió la cabeza complacida; le agradaba verlo feliz. Elo ya no era el mismo joven de corazón amargado y endurecido que había conocido antes. Por eso precisamente era que se quedaba ahí: A la cabeza de la fila guiándolos hacia la Quinta Bolgia, porque había resuelto protegerlos de cualquier amenaza que se posara en el Castillo de Malebolgé; incluso de sus propias familias. – No tienes nada de qué preocuparte, es mentira eso que dicen ¿Sabes? Que sólo puede servirse a

un amo. Es cuestión de saberse organizar. – Le aseguró.

-□Supongo. – Contestó Elo pensativo. – Cuando uno de esos amos no es la vanidad.

Bibi se detuvo brevemente, sin comprender lo que el joven pretendía con decirle aquello, pero cuando se volvió para preguntárselo; él se había reincorporado a la fila, a un lado de Lillu y Allegra. El andar de Elo era siempre como el del aire o el agua; pero hace unos segundos un atisbo de oscuridad se había dejado asomar. La Rectora Bibi pasó saliva temerosamente... El viejo bonachón había tenido razón, las cosas estaban por empeorar.

El tumulto que sucedía a la cena y las conversaciones vivaces que tomaban lugar entre las formaciones, daban a los residentes del Instituto Malebolgé una agradable ensación de libertad de la que Lillu disfrutaba enormemente. Sin embargo en aquellos momentos la usual locuacidad de Elo la abrumaba, pues se interponía con sus oscuras dudas y conjeturas ¡Si tan sólo el volumen de todas las voces se elevara para silenciar su incesante parloteo! Suplicaba hacia sus adentros, cuando de pronto Elo le plantó un tierno beso en los labios. – Aquí es mi parada. Sé que sigues enojada, pero tienes que entender... Ellas dos son mis amigas, contarte su secreto hubiera sido tan malo, como contarles el tuyo.

Es el problema con ser leal, hagas lo que hagas, siempre terminas traicionando a alguien. – Tan abstraída iba Helena en sus pensamientos que prácticamente no había oído una sola palabra, Elo se percató pero sencillamente suspiró resignado. – Lillu ten cuidado, hay algo que me huele mal. Son mis amigas, pero sé que no están diciendo toda la verdad. ¡Ah! No olvides ir a nuestra guarida a la media noche. Hemos preparado una sorpresa para ti. – Exclamó repentinamente, Lillu contrajo el ceño contrariada. – Ya sabes, por tu cumpleaños, ayer no tuvimos oportunidad de festejarte.

Lillu asintió un poco a fuerzas, no podía entender cómo Elo tenía cabeza para festejos y escapadas nocturnas con todo lo que había sucedido durante aquél día; supuso que no podía evitarse, de todos él era el único “normal”, bueno tan normal como podía serse en un sanatorio. Todo lo que Elo sabía, eran las historias que la propia Lillu le contaba, y las cosas que Jezza y Nico le habían confiado. Sabía en lo que estaba metido pero no lo comprendía ¿Cómo podría? Tu también estás invitada Allegra. – Añadió Elo revolviéndole el cabello juguetonamente y se despidió de ambas con un rápido gesto de manos. Puso un pie adentro y la habitación quedó cerrada “bajo llave”.

Durante lo que restaba del pasillo, Allegra y Lillu permanecieron en silencio pero antes de despedirse, Allegra se detuvo unos segundos en su puerta. – Él me agrada. – Dijo con su usual tono de voz apagado; a Lillu le pareció vislumbrar el indicio de una sonrisa en la comisura de sus labios, pero no pudo saberlo con certeza porque casi de inmediato Allegra le cerró la puerta en las narices.

-□ Buenas noches a ti también. – Masculló Lillu, a la vez que daba la media vuelta para entrar a su habitación.

-□ ¿Qué espera para entrar Señorita Castilleja? – Le llamó la atención Bibi, desde la cabeza de la fila.

-□ Ya voy. – Respondió de mala gana.

Una vez adentro, oyó el mecanismo de la chapa al cerrarse y recargó la cabeza en la puerta, sintiéndose pequeña y desamparadamente sola; de inmediato lamentó haber sido tan cortante con Elo. – No tengo remedio. – Se recriminó al encender la luz y justo cuando se disponía a desplomarse en la comodidad de su cama, se percató del payasito de porcelana en su almohada. – Pero ¿Qué demonios...?

-□ Querrás decir: Demonio. – La corrigió una voz profunda a sus espaldas.

.

Entonces lo del director si que es mi culpa. - Espetó con ironía.

Lillu pasó saliva y se volvió despacio. El hombre frente a ella nada tenía que ver con el monstruo baboso repleto de escamas y ojos de fuego que había conocido en la mañana; el humano ante ella tenía la piel lisa, sin la menor arruga, un porte grave coronado por una desordenada cabellera dorada y una expresión encantadora. Ella lo admiró sin intentar disimularlo. – Eres más apuesto de lo que esperaba. – Afirmó con un dejo de coquetería.

-□ Y tú mucho más descarada de lo que imaginé, "Sinistre Cygnum." – Repuso con voz agradable.

Ella enarcó una ceja con malicia. – ¿Lo dices por la enfermera? Te aseguro que se lo merecía. Se la vive espiando nuestras conversaciones para

burlarse de nosotros.

Ambos avanzaron hasta quedar a apenas una nariz de distancia; estudiándose, midiéndose, pero sobre todo, contrastándose. "Dos mitades de una misma entidad", recordaron las palabras de Jezza pues no podían evitar la sensación de estar parados frente a un espejo. Se miraron en silencio un largo rato, hasta que finalmente el demonio esbozó una amplia sonrisa. – ¿Sabías que los estaba espiando? – Espetó visiblemente complacido.

– Estoy impresionado. Además, me agradó escuchar tu verdadera voz, esa que no se contiene para castigar y disfrutar del dolor ajeno.

illu enarcó la ceja. – Resultó imposible no notarlo cuando comencé a oír un gruñido en mi cabeza llamándome "Sinistre Cygnum", sin parar. Y yo no dije nada sobre tirar a la enfermera de dolor en plena merienda.

El demonio inclinó la cabeza con ademán reverente. – Si que lo hiciste. En todo caso, te ofrezco disculpas, escuché tu voz y sencillamente obedecí. No quise importunarte, pero cuando te expresaste con semejante odio sobre tus supuestos amigos, no pude resistirme a mostrarte lo delicioso que podría ser verlos caer.

-□Ya te dije que no. – Respondió tímidamente Lillu, pues una parte de ella se hallaba tremendamente tentada por la idea.

-□Quizás, pero esos gritos en tu cabeza; tan colmados de odio en contra de ellos... Puedo preguntar ¿Por qué? – Inquirió con malicia.

Lillu le dio la espalda y oprimió fuertemente la quijada. – ¿Por qué crees? Durante tres años me han oído hablarles de la muerte de Lucio, me observaron enfurecer y desesperar, me dejaron sentirme estúpida al describirles el monstruo "imaginario" que nos atacó y aún así ninguno dijo nada. Ni siquiera cuando comencé a estudiar el conjuro con Allegra. Ahora sólo porque hay un demonio involucrado de pronto deciden hacerse los héroes e intervenir. Deja que ellos persigan al famoso Lelouch, si eso los mantiene entretenidos... – Cerró los puños y giró en redondo. – Yo recuperaré a mi hermano, esa es mi única voluntad Demonio.

El demonio entornó los ojos para escuchar la mente de su Ama. Había demasiado caos, un violento torrente de imágenes y ruidos que se ahogaban entre sí. Confusión. No le sorprendió toparse con una mente así, era de esperarse en una joven de su edad, pero era la exageración en su rencor; el salvajismo que teñía su determinación lo que lo tomó

desprevenido. El demonio peligraba con perderse en los pensamientos de aquella jovencita cuando el horripilante grito de una niña lo sobresaltó. "¡LUCIO!" gritaba la pequeña Lillu en su habitación mientras la extraña entidad que la había poseído arrojaba el cuerpo de su hermano por la ventana. Era ése recuerdo deforme, ése único pensamiento de la inocencia que se enfrenta al mal por vez primera, lo que estimulaba y avivaba su obsesión; no con hallar a su hermano sino con dar caza al demonio que se lo había arrebatado.

Una vez que el demonio se hubo anclado a esa memoria, dar coherencia a la mente de su Ama resultó más sencillo. Durante tres años la pequeña Lillu no había aprendido a entender a sus compañeros "Los Bogatyr", pero bastaron esos escasos minutos en la enfermería en que ellos al fin le mostraron sus verdaderos colores para que la pequeña Lillu aprendiera a odiarlos. El demonio supo entonces que todos rendirían cuentas por el desamparo y angustia al que la habían sometido en aquel sanatorio; Mariano Castilleja reusándose siempre a invocar la magia de su sangre; Sirina Sova culpándola por la pérdida de su hijo; la Abuela Elena resguardándola del malicioso Lelouch... "Los Bogatyr" con su imperturbable secrecía. En el fondo Helena no entendía de razones, de algún modo u otro, todos pagarían.

– ¿Aún la tímida Allegra? – Preguntó el demonio insidiosamente.

illu levantó ambas cejas con talante serio. – A ella no le importa lo que suceda conmigo, el morbo es lo que la motiva a auxiliarme. Soy una anécdota más que contar en sus adoradas crónicas de las Familias Ancestrales; una historia y nada más que eso.

El demonio entonces inclinó la cabeza y alzó la mirada apenas un ápice, casi con cautela. – ¿...También Elo? – Al instante le sobrevino un breve pero penosísimo calambre en el cráneo, su rostro se crispó del dolor y no oyó más la mente de Lillu.

-□Oyéme bien Demonio; a él déjalo fuera de esto. Lo que sea que Jezza y Nico le hayan contado, no era su secreto para compartir. Él no comprende nuestro mundo y no deseo que lo haga. – Declaró su joven Ama, aunque el demonio ya no necesitaba oírsele decir en voz alta, el punzante dolor en su cabeza había sido respuesta suficiente para él. – ¿Qué te pasa? – Le preguntó al verle la expresión tan repentinamente descompuesta.

El demonio respiró hondo. Al principio su ignorancia le había parecido graciosa y ventajosa, pero de pronto le resultó alarmante; se había dado cuenta de que Helena podía pulverizarlo en un berrinche adolescente sin siquiera proponérselo. – Es la segunda vez que te subestimo Sinistre Cygnum, debo esforzarme por no hacerlo de nuevo. – Lillu frunció el ceño

sin comprender a qué se refería el demonio. – Acabas de expulsarme de tu mente de manera... Nada amigable. La magia que corre por tus venas todavía es incipiente, es natural que rebose de poder a la menor provocación pero si no pones más atención terminarás por destruirnos a ambos. – Lillu asintió pero tuvo que agachar la cabeza para controlar el ataque risa que le había sobrevenido. – ¿Dije algo gracioso? – Preguntó desairado, lo que resultó en Lillu estallando de risa.

-□Es que nunca imaginé que los demonios fuesen tan susceptibles. –
Espetó riend